

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XII

1º DE FEBRERO DE 1903

Nº 267

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LA PRIMAVERA. — Cuadro de F. Boucher

DOLOR

A la señora doña Josefi na Blanco de Zuloaga, en la muerte de su hija primogénita, María Cristina

—
Si es trance formidable el morir, tal vez sea más peligroso el vivir largo tiempo.
(*La Imitación de Cristo*).

—
Separóse de tí para siempre la hija de tus entrañas: la hija primogénita de tu único amor.

La primera estrella que brilló en tu cielo, hundióse en misterioso abismo.

El ángel de tu hogar ha muerto.

Y tu hogar, templo ayer de inocentes felicidades, está frío y oscuro como la tumba de tu hija; y tú, triste, trístisima,

sentada sobre el polvo, todo lo has olvidado, todo lo ignoras y sólo tienes conciencia de tu dolor: de tu dolor, inmenso como el Cielo, profundo como el Mar, inexorable como el Destino.

Para imaginarme tu dolor de hoy he de compararlo con tus alegrías de ayer.

Yo te vi, alegre mariposa, revolotear envuelta en la pura luz de la mañana; yo te vi traspasar el umbral de la niñez y sentarte, reina, en el trono de la juventud; yo te vi, bella como la esposa de los Cantares, jurar eterno amor en el altar del Dios de tu fe, al compañero de tu vida.

En tu festín nupcial me cupo la honrosa distinción de sentarme á tu diestra.

Todo era luz, y armonía, y fragancia en tu paterno hogar.

Y por aquella atmósfera de poesía antojóseme ver cernerse, rientes, los tres númenes del cristiano:—la Fe, que levanta el alma hasta Dios; la Esperanza, sostén en las luchas de la vida; el Amor, atributo supremo del divino Jesús.

En aquella hora me sentí poeta, y soñé para tí un mundo de poesía, y te predije felicidades inefables; sobre todas, la más completa que darse puede en la tierra:—la de acariciar, siempre incólumes, las ilusiones de la juventud, que creí lucirían en tu frente como diadema de paz, y la esmaltarían con la apacible claridad de las perlas.

¡Insensato! Al contemplar tu dicha ol-



vidé que el Dolor es el rey del mundo y que el hombre es siervo del dolor.

He sido crúel al recordarte pasadas felicidades en tu desgracia presente.

He sido crúel: perdóname. Perdóname en gracia de que tus dichas de ayer trajeron á mi espíritu dichas para mi muertas; y tu primer dolor renueva en mi alma mis pasados dolores.

Yo también fui feliz como tú; pero la Muerte trepó de súbito, como hoy por las del tuyo, por las ventanas de mi hogar; y me arrebató, me robó, despiadada, una hija de mis entrañas; y me hirió en lo más sensible de mi sér: me hirió en el corazón de mi eterna Compañera; y me sumió en profunda, en silenciosa soledad.

Grande fue mi dolor, pero más grande aún fue la bondad divina.

Ella me escuchó contra la locura y derramó sobre mi frente el bálsamo de la resignación cristiana; y me levantó con la fé, y me sostuvo con la esperanza, y me vivificó con el amor.

Si: yo caí de rodillas ante el divino Crucificado, y bendije á Aquél que conoce la verdad incomprensible de todos los misterios, porque se había dignado visitarme siquiera fuese con tribulación.

¿No es verdad que tú has hecho lo mismo? ¿No es verdad que la mano del Redentor del mundo ha enjugado tus lágrimas? ¿No es verdad que tú sigues creyendo, esperando, amando?

Bien me lo dicen los seres que te asisten con su amor:—tu esposo, tus padres, tus hermanos, tus amigos y las inocentes criaturas: los hijos de tu alma, prole afectuosa que te rodea como cercan los tiernos renuevos al olivo doméstico, símbolo de la paz.

Enjuga tus lágrimas; y vive, si, vive para ellos.

Tu hija no ha muerto, ni se ha ausentado de tu hogar: *está en él invisible.*

¿Qué digo? Está visible.

Oyeme: las flores de tu jardín te muestran su sonrisa; el canto de tus pájaros te hace oír su voz; la estrella que ves desde tu lecho al través de los cristales de tu alcoba, te envía sus miradas; las auras de la noche te traen sus caricias; y el tañido de la campana del templo vecino que llama al *Angelus* de la mañana y de la tarde, te envía su bendición.

Si, te envía su bendición: porque el alma de los hijos muertos bendice desde el Cielo á los huérfanos padres que peregrinan por este valle de dolor y de llanto.

MARCO-ANTONIO SALUZZO.

Caracas: enero de 1903.

MARIA CRISTINA



Los que sentimos que debe existir un sitio ignoto, de eterna paz, de permanente ventura, en donde toda una inmortalidad compense el infinito afán de los días de guerra y de dolor, en donde se restablezca el inviolable equilibrio que la adversidad sobre la tierra ha roto; los que oímos que razón y conciencia proclaman á toda hora que así es, que así debe ser, convictos de que hay misericordias que velan sobre la tristísima impotencia humana, resignamos la carga de nuestra amargura y la carga de nuestra esperanza ante el designio inevitable, y nos refugiamos en la creencia consoladora, pidiendo nos sea adelantado un instante de la excelsa paz....

Y á pesar de ello, cada vez que la irrupción de los sollozos levanta nuestro pecho, cada vez que la intermitencia de las lágrimas da una tregua, se ve con pavora cuán tristes sin mer-

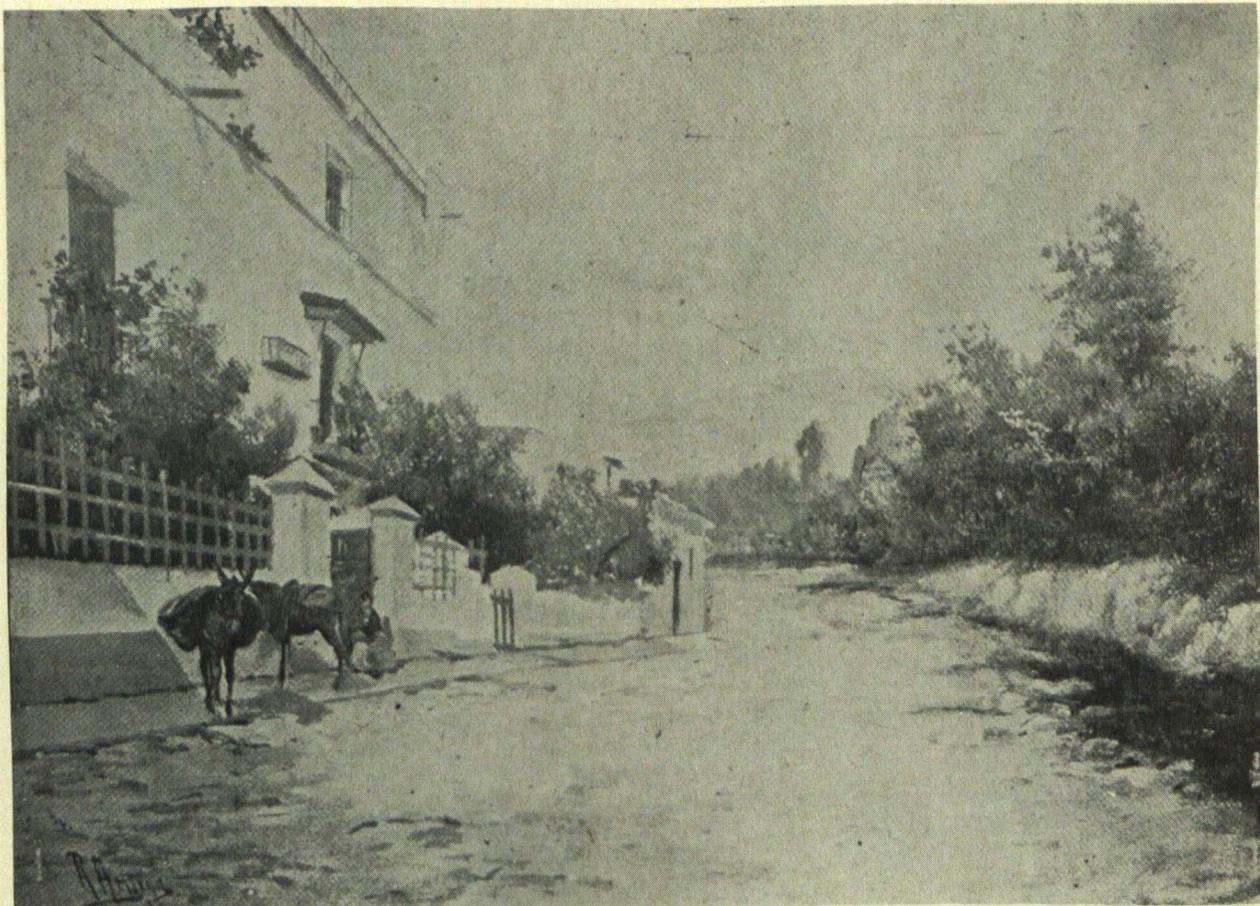
ced y cuán desolados y enemigos son los campos de silencio y de acritud en que hemos quedado, cuando se van, de nuestro regazo y de nuestro cariño, en ausencia inexorable, los seres que el primer día recibimos con la salutación del primogénito de los mundos: *hé aquí que eres carne de mis carnes y sangre de mi sangre!...*

Un amigo nuestro, un padre que ayer pudo saludar á la dicha con esas palabras, padece ahora esa intensa, indecible aflicción. MARIA CRISTINA, como la angélica criatura del Génesis, apareció en una risueña aurora en el hogar del señor Carlos Zuloaga, cuando sus días quisieron ser poblados, en una elación del amor infinito, por todas las alegrías y por todas las dulzuras.

El padre cariñoso y solícito, que había plantado un hermoso verjel, como para defenderse entre sus macizos y sus flores de la tenaz acechanza de la vida, lo vió y lo sintió un instante feliz y rumoroso de alegrías, orgullosas de expandirse á la luz sus corolas, visitado por las auras aromosas y benignas, hasta que una noche, como todas ellas, inmisericorde y aleve, se cerraron todos los broches, se fugaron los favonios, se extinguieron todos los perfumes, y la próxima aurora pálida y silenciosa ya no iba á herir con sus miradas el írico senodel rocío, porque esa noche aleve y medrosa había venido á ahuyentar á laavecilla dilecta que con sus gorjeos despertó y presidió á las fiestas del verjel y á la ventura de las flores.

El padre estupefacto de dolor y mudo de aflicción, refugiado bajo un girón de la inmortal esperanza, sabe en cuál patria ha ido á vivir su hija para la tierra ausente: pero ¿quién le remedia del letal recuerdo de haber acariciado á su hija viva? ¿quién le consuela de la desesperanza homicida de no poder besar todavía á su hija muerta?.....

En medio del concierto que la amistad y el cariño forman hoy en torno de la desolación del señor Zuloaga, nuestro aprecio de amigo y nuestras simpatías de padre están con él y con los suyos, muy sinceramente.



CUADRO DE ANTEGA

EL VASO ROTO

Nada menos que diploma de imbécil le daría á quien me preguntara si don Jacinto Gutiérrez Coll era poeta de primera clase. ¡Cómo no había de serlo quien poseía, junto con grande inspiración, gusto exquisito y conocimientos literarios que contados escritores han logrado alcanzar entre los que hablan la lengua de Castilla!

Suspendan su juicio, hasta llegar al fin de esta crítica, los que imaginen que intento deprimir al egregio escritor, al hacer el examen de su traducción de «El vaso roto.» Mi objeto es probar que valía, como poeta, más que el bardo á quien se empeñó en traducir, creyendo en su modestia que «El vaso roto» era el pedestal de su gloria, cuando él tenía, en sus composiciones originales, base mucho más sólida y más amplia para aspirar á la inmortalidad.

Lo recuerdo muy bien. Había don Jacinto publicado en *El Tiempo* varias de sus incomparables producciones y la traducción de «El vaso roto,» y, al hallarnos un día en la Academia Venezolana, me preguntó:

—¿Cómo le han parecido á usted mis composiciones?

—Magníficas las originales, y llena de defectos la traducción, le contesté.

—¿Podría usted probarme eso?

—Nada más fácil.

—Pues á probármelo.

Empecé así:

«El vaso *dandé* *muerre* esa verbena
De un abanico el *golpe* recibió,
Debió el *golpe* fugaz de herirlo apena,
Porque el ruido del *golpe* no se oyó.»

Está mal empleado el verbo *morir*, porque entre *morir* y *morirse* hay diferencia: significa el primero la cesación de la vida; al paso que el segundo, vale tanto como acercarse á la muerte. Del contexto de la composición, se desprende que la verbena no murió á consecuencia del golpe solamente, sino por esto, por la pérdida del agua y por la de los jugos de la planta. Por eso, habría sido mejor emplear el verbo en su forma pronominal:

«El vaso en que *se muerre* esa verbena.»

Como si dijéramos, en que se está muriendo.

Producen sonido desapacible las tres

repeticiones de la palabra *golpe*. ¿Qué diría quien leyera algo semejante á esto: «Ese vaso recibió un *golpe*. El *golpe* no debe haberlo herido gravemente, porque el *golpe* no produjo ruido?» Si repugna en prosa, ¿cuánto más no repugnará en poesía, donde todo debe ser delicado?

Hay, además, en los versos de que se trata una suposición destituida de fundamento:

«Debió el golpe fugaz de herirlo apena,
Porque el ruido del golpe no se oyó.»

Si esto debe entenderse en sentido recto, no es posible, porque el más leve golpe, dado en un vaso de cristal, produce necesariamente algún sonido; y, si, en sentido figurado, el error es más grande aún, porque una herida en el corazón, inferida con puñal, fusil de viento ó con una descarga eléctrica, no produce ruido y, sin embargo, mata en el acto.

«Mas la breve fatídica hendedura,
Cuya continua marcha nadie ve,
Cada día, en su obra más segura,
Lentamente el cristal *mordiéndolo* fué.»

Morder es lo que hace la lima al separar partículas de un cuerpo, y aquí no hubo sino apertura de la materia.



CUADRO DE ANTEGA

Hubiera sido más propio decir:

«Lentamente el cristal *minando* fué,
El agua gota á gota ya se vierte,
El jugo de la flor se agota ya,
Y nadie todavía el daño advierte,
El vaso no toquéis, ya roto está.»

Como se ve, tenía yo razón para pedir el verbo *morir* en su forma pronominal. Esta es la tercera estrofa y no se ha efectuado todavía la muerte de la verbena.

«El vaso no toquéis, *ya roto* está.»

Aquí ocurre una observación idéntica á la que hice al empezar: ¿El sentido es recto ó metafórico? Si lo primero, es de aplaudirse la caridad que ello entraña, pues con ese aviso nadie se cortará; pero si con esto se quiere significar que no debe consolarse á los corazones lastimados, es un error: para eso únicamente sirven los consuelos.

«Alguna vez así del *dueño amado*
El capricho nos hiere *sin temor*,
Y, sobre el corazón ya lastimado,
De nuestro afecto, al fin, muere la flor.»

Dueño amado se usa en castellano sólo entre enamorados. El original dice:

«Ainsi parfois la main qu'on aime,»

que, para conservar la latitud que tiene en francés, debió haberse traducido: «Alguna vez así de un *sér querido*, ó de un *sér amado*,» pues la expresión así, se haría extensiva, no únicamente á las de los enamorados, sino á las heridas que infieren los hermanos á los hermanos; los padres á los hijos; éstos á aquellos; los amigos á los amigos, etc. En la traducción tal como está, no hay más heridas de consecuencia que las de los amantes.

«El capricho nos hiere *sin temor*.»

¿No será más bien *sin querer* ó *involuntariamente*?

«Y mientras que *vosotros de la vida*
En las horas, intacto lo creéis,
Agrandarse y llorar siente *el su herida*,
El vaso roto está, no lo toquéis.»

Redunda el pronombre *vosotros*, porque la terminación de *creéis* lo hace innecesario. La supresión del pronombre es una de las ventajas de nuestra lengua y una de sus muchas bellezas.

Igualmente redunda: *en las horas de la vida*, una vez que el concepto quedaría claro y preciso, diciendo:

«Y mientras intacto lo creéis,»

Igual cosa hay que observar respecto al pronombre *él*, que no hace falta, pues se sabe de quién se viene tratando; y, en la hipótesis negada de que no fuera así, con sólo poner una coma en el vocablo *vaso*, no quedaria de ello la menor duda:

«Agrandarse y llorar siente *su* herida
El vaso, roto está, no lo toquéis.»

El *su* de herida es un anglicismo. Nosotros no decimos, como los ingleses, me duele *mi alma*; siente agrandarse *su herida*, sino me duele *el alma*; siente agrandarse *la herida*. Delante de las cosas pertinentes al cuerpo ó al espíritu, es muy raro en nuestro idioma el uso del *pose-sivo*. Las funciones de éste, en tales casos, las desempeña, casi siempre, el artículo definido.

—Convendrá usted conmigo, me dijo don Jacinto al llegar aquí, en que varios de los errores que usted critica están en el original.

—Sí, le repliqué, pero también es necesario que usted convenga conmigo en que los traductores, cuando son poetas de la talla de usted, deberían hacer las correcciones del caso.



CUADRO DE ARTURO MICHELENA

Lo raro de todo esto, es que en las composiciones originales de don Jacinto no he podido encontrar un sólo error.

¡Nada, que se enamoró de un vaso roto aquel Benvenuto Cellini de la palabra!

¡Tienen los hombres de talento unas rarezas!...

Si yo hubiera alcanzado la gloria de producir á:

«¡Noche, lóbrega noche! En tus tinieblas
La imagen fiel de mi dolor existe.»

habría roto la lira, porque no se llega dos veces á tanta altura y, sin embargo, en sus días postreros, acaso fué el vate más allá. Hay en sus últimas producciones algo indefinible que nos hace esperar tranquilos y confiados en las promesas del cielo, que él veía seguras y cercanas.

¿Quién ha dicho nunca nada más bello, ni más poético, ni más delicado que lo que voy á copiar!

HOJAS

Quando tristes los árboles se hielan,
Alza el laurel sus galas viditoras;
Siempre feliz lo miran las auroras,
Y sobre su verdor los astros velan;
Pero las hojas que marchitas vuelan
Ya del otoño pálido en las horas,
Llevadas por las brisas gemidoras,
Mustias y frías reposar anhelan.

Orgullosa laurel, tu rama erguida
Tributo rinde á triunfadora gente,
Y no á la sien por el dolor vencida.....
Hojas que el cierzo arrebató inclemente,
Hojas humildes que vagáis sin vida,
¡Tened el vuelo y coronad mi frente!

¡Qué candidez la de don Jacinto: preferir un vaso roto de vidrio á éste, hecho de una sola y magnífica esmeralda!

Poeta, desde la altura á que te han encumbrado tus grandes merecimientos, tu alma pura y tu corazón nobilísimo, puedes apreciar la sinceridad de esta crítica, hecha no para menoscabar tu gloria, que siempre fuí tu admirador, sino para acallar á los ignorantes, sino para quitar de la diadema que cincelaste para tu frente pensadora, esa piedra que, por error ó por benevolencia, juzgaste preciosa y digna de figurar al lado de los brillantes, y zafiros, y rubíes que produjo tu numen, llamados «Nocturno,» «Tristezas,» «Querellas,» «Sombras,» «Hojas» y todas las demás, que pueden esperar serenas y orgullosas el fallo del talento, el de la sabiduría y hasta el mismo de la envidia.

FRANCISCO PIMENTEL.

GEOMETRIA MORAL

(CAPÍTULOS DE UNA OBRA PÓSTUMA DE DON JUAN MONTALVO)

La hermosa varonil da mucho en qué pensar á las hijas de Eva, no hay duda; empero no es requisito sin el cual no podamos entrarnos puertas adentro de su pecho. Feos hay que las cortan en el aire en esto de rendir voluntades, y muy feos que harían morir de envidia al más apuesto lechuguino de los más bien chapados de Valencia (1). Si Esopo fue el Paris, de las griegas de su tiempo, no lo hemos visto en fábula ni historia; por lo que mira á Sócrates, no le sabemos otro amor que el agrio y penoso de su ingratable Xantipa. Sócrates, el más bello de los mortales, cuando la Divinidad resplandecía en sus facciones y resonaba santamente en su palabra, era el más feo de los nacidos. Poco le habrá importado á este filósofo que Lastenias y Elpinices se muriesen por él; él no se moría por ellas, viviendo como vivía colgado de la belleza infinita, prendido en las llamas de la inmortalidad, tan pungentes y dichosas. Si el feo se dignaba concurrir al estrado de las mujeres de moda, era grande el júbilo con que le recibían; esta es otra; entonces nadie estaba por ver que no era un Narciso ni un Dailoco, sino que tenía en su casa á la sabiduría y la virtud. Teodota se aprovechó de sus lecciones, y, según ellas, puso debajo de la suela de su zapato á los más pintados atenienses. En cuanto á Esopo, mucho nos tememos que se hubiese ido á la sepultura con palma y guirnalda, para mayor gloria de San Jerónimo y alegría de las virgenes del Hermón. Ese sí fue realmente feo; feo de más de marca; prototipo de los feos; lo que se llama feo, refe; feo de Sur á Norte; feo en toda la extensión de la palabra y donde más largamente se contiene.

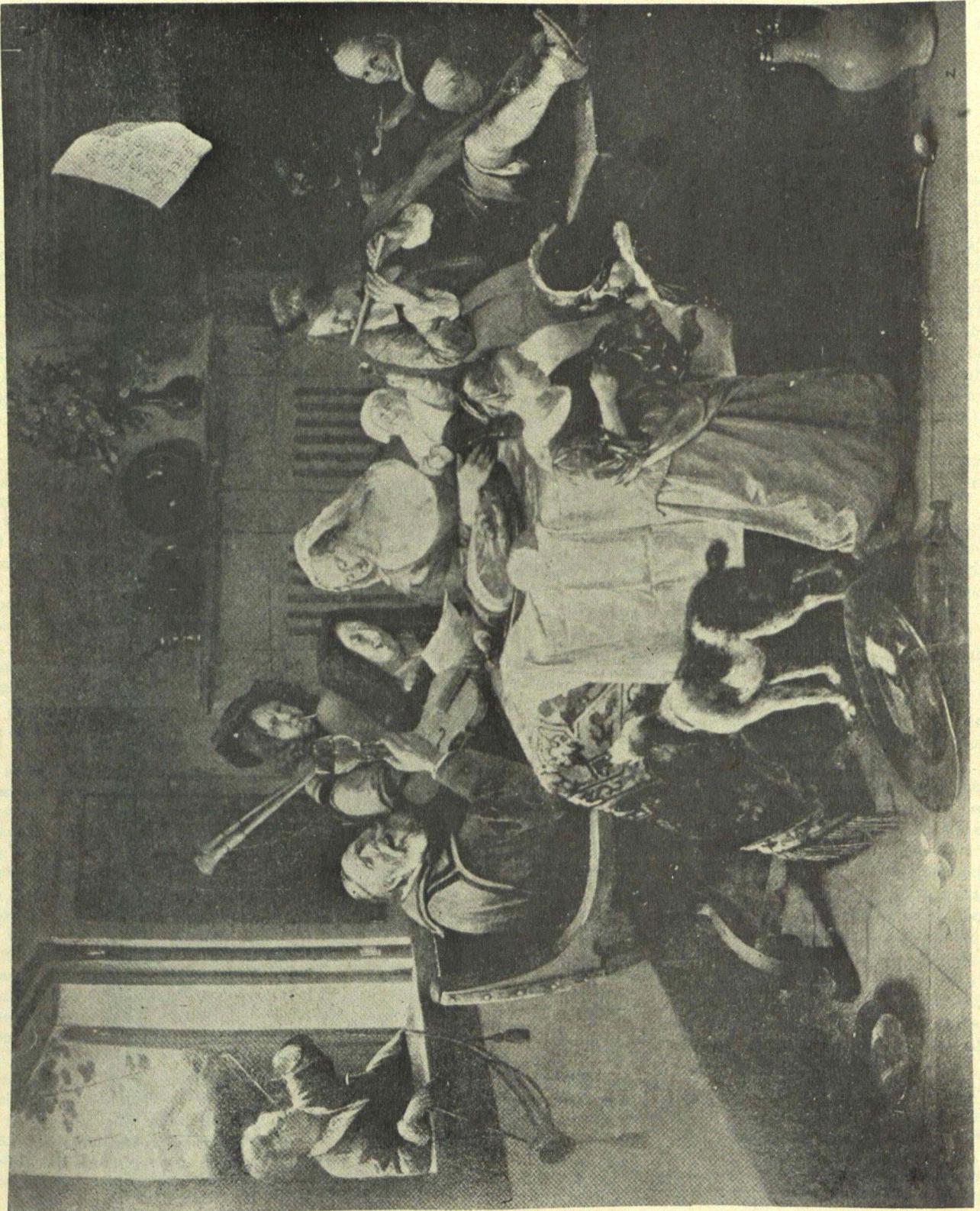
No sabemos si Pericles brilló por la hermosura; antes se nos alcanza que tenía deforme la cabeza, siendo ella sumamente prolongada de la frente al colodrillo; pero sí tenemos noticia de que Aspasia despidió á todos sus amantes cuando Pericles se hubo asomado por los umbrales de su casa. Los pisaverdes de Atenas eran Adonis todos ellos: bien apersonados, bien traídos; el manto de púrpura que los ricos iban arrastrando les comunicaba cierta majestad como de dioses humanos ó genios del amor dichoso. Blanca la tez, fino el cutis, entrapada la cabellera, resplandeciendo los negros ojos, no abrían la boca esos felices mancebos sino para agradecer el premio de

(1) No hay quizá en Europa ciudad en la que uno encuentre hombres más hermosos que en Valencia; el Turia va lamiendo cariñoso los pies de Apolo.

sus afanes. Pues llegó Pericles, el personaje casi feo, y la reina de la moda echó fuera todo ese emjambre de seductores que la traían riquezas y placeres á haldadas en un seno de su manto rojo. Pericles era varón de pro; Aspasia rendía homenaje al mérito: Pericles escudriñaba con la inteligencia los ámbitos secretos de la filosofía y la política; Aspasia era á su vez persona de elevado entendimiento: Pericles abrigaba el foco del fuego sagrado; Aspasia se sintió súbitamente encendida: los rivales de Pericles eran bellos; él grande: suya la palma.

Piramo y Tisbe, Leandro y Hero, Romeo y Julieta, bellos han de haber sido también unos y otros: amores semejantes no se nos vienen á la imaginación sino junto con una delicada hermosura en esos afortunados muchachos; pero tenemos creído que si el héroe del Helesponto hubiera sido un Hudibrás chiquito, no por eso se hubiera muerto menos de amor su Hero idolatrada. ¿Y cómo no quererlo, aun cuando tuviese nariz como cresta de gallo el mozo de Cesto, en viéndole echarse por ella al agua todas las noches, y vencer como un Neptuno ese eslabón formidable de dos mares? Cualquiera hazaña es paso de gigante en el pecho mujeril: proezas consumadas en honra y gloria suya, les quitan la vista, y á obscuras se entregan al dios del Eufrates, esa divinidad amable que, saliendo de entre los juncos y las cañas de la orilla, cogía la flor de las jóvenes de Babilonia. Nada era la vida para ese heroico enamorado: echábase al mar entre tinieblas, bregaba con las olas media noche, y por la madrugada tenía por recompensa tirarse de rodillas ante esa como deidad marina que le estaba esperando al otro lado. Una ocasión esperó diez horas; su amante no venía: despuntó el sol en el horizonte; Leandro no llegaba: Hero se dejó estar allí como una piedra, sin más vida que en los ojos. Buscáronla por todas partes sus parientes, y la hallaron difunta, al mismo tiempo que una barca traía á tierra el cadáver de Leandro.

Hudibrás es el terror de las mujeres; primado de los feos, arzobispo de Toledo en la vasta grey de tuertos, picosos, orejones, chatos, juanetudos, que brillan por la nariz aplastada y los dientes comidos de negujón, Hudibrás tiene el cetro de los desengaños y las esperanzas fallidas: cara larga, ojos diabólicos, nariz desemejable, boca de polo á polo, y barba que, naciéndole en los párpados, se le descuelga hasta el ombligo, aborascada y feroz. Ni el demonio en forma de me-retriz pudiera cobrarle afecto al mancebillo: pues ¿cómo se le abraza, digo



CUADRO HOLANDES - DE JAN STEEN

yo, cómo le mira una delicada criatura con enternecimiento y propensión favorable? Ni ¿qué términos de cariño han de hallar paso por entre esos labios cerdosos, adentro de los cuales están clavados, á manera de estacas, cinco ó seis docenas de dientes negruzcos debajo de una espesa toba? Si yo tuviera un profundo resentimiento con una bella, mi venganza sería ponerla en manos de ese agraciado cortejo, y allá se averigüe.

Beltrán Duguesclin, el más feo de los caballeros casi andantes de su siglo, fue, por el contrario, el hombre más feliz que podamos hallar en los padrones del amor. Angélica la bella se va con Medoro, el morillo barbucoso: con Beltrán Duguesclin no hay eso, porque éste no es el paladín furioso, ni se deja hacer la mamola por pindonga chica ni grande. Las señoras de más campanillas de la Corte, las damiselas más repulgadas y soberbias, dan sus pedazos por ese caballero, que al valor une la cortesía, y no reconoce victoria si á la lealtad no sigue la magnanimidad. La mala cara es lo menos que en él notan las mujeres: ven la elevación de su alma, el empuje de su corazón, la fuerza de su brazo, prendas ó virtudes en que vienen rebosando todas sus acciones. Sobre esto, Duguesclin echa miel á raudales por los labios; miel de Hibla, suave y pura; miel fragante, esa que enajena con la embriaguez celestial que suelen traer consigo las accesiones de amor. Dicen de un filósofo que, hablando de Dios, se transfiguraba: la belleza suprema se imprimía misteriosamente en sus facciones, y estaba resplandeciendo como ángel vivo: no de otro modo ese enamorado paladín, feo en la indiferencia, fiero en la batalla, era hermoso y seductor irresistible al pie de las mujeres; caballero no ha tenido jamás ascendiente mayor en el sexo femenino: ellas componían, de reinas para abajo, ese amable partido que vendía sus joyas para dar su rescate cuando estaba preso. Valiente, generoso, cortés, amigo de grandes hechos, Beltrán Duguesclin todo él era maneras insinuantes y expresiones seductoras; no fue mucho que las deformidades físicas hubiesen desaparecido en medio de ese cúmulo de prendas y gracias del espíritu, con las cuales venía á ser un Apolo á los ojos de esas cuya vista traspasa el cuerpo y va á deleitarse en las bellezas del alma. Un feo no levantará nunca llama en el corazón de una mujer vulgar; preciso es que ella misma sea distinguida por la inteligencia y la sensibilidad, para que halle qué amar en un feo adornado de virtudes. Amor é inteligencia tie-

nen más conexiones de las que nosotros alcanzamos buenamente á concebir: muchas veces dos individuos se apasionan uno de otro porque se comprenden y se tocan, digámoslo así, las delicadas entrañas. Consuélese los parientes de Esopo con que no les desdennarán sino las tontas; si un rayo de luz eterna les ilumina el pecho, por todas partes irán hallando corazones á los cuales tirar la chispa y prender allí la hoguera en donde se consuman y se pierdan en la efímera eternidad de las glorias mundanas.

Otro feo célebre, que se ha llevado la palma casi en nuestro tiempo, es Mirabeau: ¡quién dijera que esa cara de esfinge salpicada de resaltos indecorosos; esa ardua greña que le cobija los hombros, convirtiéndole en figurón de fuente pública; esa mirada furibunda; esos labios hinchados de cólera elocuente; ese conjunto casi atroz, más para causar espanto que pasión amorosa, hubiera sido el hombre más querido del mundo, el de los placeres locos, amante que traía en sublime delirio á la más bella de las mujeres! Si preguntamos qué hallaba Sofía Monier en el tribuno, ella responderá quizá que hallaba la hermosura del varón, compuesta de talento y valor, audacia y generosidad, grandeza y fama, brillando todo junto en ese rostro de león, fealdad sublime que envidiara Alcibíades si no fuera él mismo el más intrépido é ingenioso, á la vez que el más gentil mozo de Atenas. El pecho del hombre apasionado suele abrigar un océano de lumbré mágica, nadie pasa por sus vecindades que no sienta ese calor amenazante: la que se le llega y mira adentro por los ojos, ya no es águila soberbia que vuela por las nubes, sino aturdida mariposa, que busca su ruina en la adorada llama y se entrega á su feliz desdicha.

AZUR

(DE GRAF.)

¡Oh formidable Azur! Te miro y pienso:
Cual hoy y ayer, así serás mañana.
¿Qué siglos hace que á la estirpe humana
Cubres callado con tu dombo inmenso?

Cayeron, del olvido bajo el denso
Polvo, los dioses de la edad pagana,
Y aun los hombres, en triste caravana,
Te envían preces, cánticos é incienso.

Cuanto vive en el orbe á una inmutable
Ley sometido está, ley implacable,
Y todo es fuerza que á esa ley sucumba.

Sólo, tú sólo, incólume, profundo,
Frio, inmortal, sigues cubriendo el mundo
Cual tapa enorme de anchurosa tumba.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

LA POESÍA LIRICA Y EPICA

EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX

II

A pesar de no haber habido solución de continuidad en el movimiento intelectual de España, ni menos aún transformación de lo castizo y propio en exótico é importado, no puede negarse que las ideas que prevalecían por toda Europa á fines del siglo XVIII penetraron en España, lo mismo que en Italia, Alemania é Inglaterra, sin que esto presuponga pobreza ó desfallecimiento en el espíritu de las naciones, donde los pensadores franceses llegaron á ser objeto de imitación y de culto.

La protesta contra semejante invasión, más briosa en España que en otros países, prueba cuán arraigados estaban en el alma española su sentir y su pensar esenciales é inveterados.

Los que fueron más rebeldes á este pensar y á este sentir, por hallarse íntimamente imbuidos y con mayor violencia dominados por las ideas nuevas, tuvieron que huir de la patria y tuvieron que renegar de la fe de sus mayores. Dos claros ejemplos de este extrañamiento y de esta apostasía, fueron D. José Marchena y D. José María Blanco y Crespo. Ambos fueron más eruditos que poetas. Se diría que en las mentes de ambos la irrupción de los pensamientos exóticos, cayendo sobre el fondo de lo español y castizo que por educación habían recibido, produjo confusión y trastorno, y algún desequilibrio en las facultades intelectuales. La diferencia que noto entre los dos es, á mi ver, favorable á Marchena. Prueban su mayor ingenio, y tal vez su más esmerada cultura, así los versos castellanos, singularmente los religiosos, que todavía en un momento de fe compuso, como sus fragmentos apócrifos de Petronio y de Catulo, con tal arte y saber escritos que logró engañar con alguno de ellos á los más doctos críticos de Alemania y de Francia. Marchena nos es asimismo más simpático, porque jamás renegó de su patria y siempre la reverenció y la amó á su modo. Si fue afrancesado, como no pocos otros varones ilustres, fue por imaginar que bajo el cetro de José I España hubiera sido más próspera, poderosa y rica que bajo el dominio de los Borbones. Ni llegó Marchena á aborrecer á España ni á maldecir horriblemente de ella, como Blanco la aborreció y la maldijo. Bien es verdad que Blanco no tuvo que *descastarse* sino á medias; pues aunque nacido en Sevilla é hijo de madre española, tuvo por padre á un irlandés llamado D. Guillermo White. Sus versos castellanos no traspasan los límites de una elegante medianía, y si hemos de calificarle de buen poeta necesitamos recurrir á un famoso soneto escrito en lengua inglesa, que, según opinión de Coleridge, es de lo más ingenioso y delicado que en dicha lengua se ha escrito.

Ora fuese por ideas tomadas de libros extranjeros, ora porque el espíritu humano se dejaba arrebatar en aquella época en todos los países de Europa por la misma corriente de opiniones y de doctrinas, no fueron sólo Marchena y Blanco los que llegaron á



PESAR. - Cuadro de R. Knapa

condenar algo de lo que había informado durante más de dos siglos nuestra civilización castiza; pero esta injusta condenación, lanzada con dureza y haciéndose eco de injurias extranjeras contra España, se apartó pronto de las mentes de los más altos y valientes ingenios, para que se enseñoreasen por completo de sus almas el más acendrado y fervoroso patriotismo y la estimación más subida, en toda la prolongación de la historia, del pueblo de que formaban parte. Unido esto al amor entusiasta por la libertad, á las nobles aspiraciones y esperanzas en el progreso humano y á la creencia en la soberanía del pueblo y en otros generosos principios liberales y democráticos, se diría que hizo surgir una poesía nueva: cantos inauditos ó que nada semejante tenían desde los tiempos de Simónides y de Tirteo. Con cuerdas de mayor resonancia se enriqueció la lira. La antigua musa de Grecia, la que cantó la hazaña de las Termópilas, la que para galardón de los héroes tejó, en inmarcesibles guirnaladas,

Lauros de Salamina y de Platea
Que crecen cuando lloran los tiranos,

apareció rejuvenecida en nuestro suelo, oteando horizontes más dilatados y luminosos, y con la amplitud de miras de la edad moderna.

Sin lo que ahora llamamos *genio*, prodigando á menudo lo que el vocablo significa, el gran poeta no es posible que nazca. Aquella bondad egregia que pone Quintiliano como primer requisito para ser gran orador, ya Estrabón la había puesto antes en idéntica sentencia, si se exceptúa una sola palabra, para ser gran poeta:

.....Quien á los ecos
De virtud y de gloria no se inflama,
Ni al tierno sollozar del afligido
Súbito llanto de piedad derrama;
El que al público bien ó al patrio duelo,
De gozo ó noble saña arrebatado,
Cual fuego que entre aristas se difunde,
O como chispa eléctrica invisible
Que en instantáneo obrar rápida cunde,
Su corazón de hielo
Hervir no siente en conmoción secreta,
Ni aspire á artista, ni nació poeta.

Todo esto es verdad innegable; pero no basta el genio, no basta el estro. La bondad egregia de que habla Estrabón no puede por sí sola evocar eficazmente el numen poético y lograr su maravillosa y refulgente *teofanía*. Se necesitan además circunstancias exteriores: el medio ambiente, el entusiasmo general y la pasión veheméntísima de todo un pueblo, que el poeta comparta y que formule luego con la expresión más nítida y con la sobria y magistral firmeza que hace las obras inmortales.

Quiero yo significar con lo dicho, no que D. Manuel José Quintana y D. Juan Nicasio Gallego fuesen, por el propio ser y virtud de ellos, los mayores líricos de España, si se exceptúan los que se inspiraron, en antiguas edades, en un hondo sentimiento religioso, como San Juan de la Cruz y fray Luis de León; ni que apenas tengan rival tampoco entre los líricos contemporáneos extranjeros, en las cuerdas que ellos tocaron, no porque valían más, sino porque, sobre valer mucho, llegaron á tiempo y aparecieron en una nación que despertaba de pro-

longado letargo, y llena de vigor y de nobilísimas esperanzas surgía á vida nueva. Si el vigor valió para poco, si las esperanzas se desvanecieron pronto, si la gloria se marchitó sin fruto, si la heroicidad y el sacrificio sólo recibieron negra y brutal ingratitude en pago, esto ni Quintana ni Gallego lo prevenían al escribir *Al armamento de las provincias españolas, á España después de la Revolución de Marzo, El Dos de Mayo y A la influencia del entusiasmo público en las Artes*. Dicha fue de ambos poetas la de vivir y florecer en tan alta ocasión, y mayor dicha la ceguedad imprevisora que les ocultó el porvenir y conservó la inspiración de ambos entera y robusta.

Esta inspiración no pudo ser, por su origen, ni más popular ni más española. Evocados por el poeta, acudieron á acompañar en coro su enérgico canto, á maldecir al fiero *Atila de Occidente*, y á combatir al tirano de la culpable Francia, los más gloriosos héroes de nuestra antigua historia. El poeta los ve y los hace ver á su pueblo.

.....En el Betis
Ved del tercer Fernando alzarse airada
La augusta sombra; su divina frente
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;
Blandir el Cid su centellante espada,
Y allá sobre los altos Pirineos,
del hijo de Jimena
Animarse los miembros gigantes.

Fuerza es confesarlo: esta poesía de Quintana y de Gallego, tan popular por su origen como queda dicho, nunca fue popular en su fin; nunca llegó ya formada al pueblo del que informe había procedido. Más leídos, más comprendidos, más sabidos de memoria fueron otros poetas de entonces, de notable mérito á la verdad, pero harto inferiores y con no pocos descuidos, vulgaridades y resabios de copleros. Así, por ejemplo, D. Juan Bautista Arriaza, singularmente en sus versos amatorios, y D. José de Vargas Ponce en su chistosa y festiva *Proclama del solterón*.

Terminada la guerra de la Independencia y vuelto á España y restaurado en su trono Fernando VII el *Deseado*, empieza un período lamentable que dura casi veinte años, hasta 1834. El feroz despotismo, sostenido, solevantado y estimulado por una frenética demagogia fraíluna, apenas se comprende cómo no logró sepultar á España en la más estúpida barbarie. Las cárceles, el patíbulo ó la emigración fueron el premio de los más ilustres patriotas.

Condenada la *funesta manía de pensar*, casi no fueron favorecidas por el Gobierno otras escuelas que las de tauromaquia. Si durante aquel funestísimo y despótico reinado hubo un intermedio de libertad, la libertad se trocó en licencia, en convulsiones estériles, en desórdenes, motines y apasionada anarquía. Entonces se desbarató y tuvo lastimoso remate nuestro imperio en América, perdiendo cuanto poseíamos, desde Tejas y California hasta el estrecho de Magallanes; y por último, á la muerte del Rey nos quedó como herencia una larga y costosa guerra civil, que pudo bien añadir la pobreza y hasta la miseria á la ignorancia y al atraso. La obstinada lucha entre liberales y serviles, y el alboroto y tumulto que producía, penetraron desde la superficie hasta las más

hondas capas sociales, disipando y haciendo imposibles aquella paz y aquel reposo de que tal vez había gozado el vulgo, sumido en sueño inerte aunque plácido, antes de que lo sacudieran y lo removieran todo las opuestas ideas revolucionarias y reaccionarias, la guerra contra Napoleón, y la terca y ulterior contienda entre un antiguo y un nuevo régimen, en gran parte imaginados y utópicos ambos.

Se diría que aquella placidez casi infantil de los humildes y modestos, de los no envidiosos ni envidiados, antes de desaparecer por completo arrollada por las nuevas y tremendas agitaciones, se personificó en el bondadoso y dulce varón evangélico, autor de *El observatorio rústico*, de inocentes y amorosos idilios y de no pocos epigramas sin hiel, llenos de malicia cáudida y alegre.

El epitafio que para D. Francisco Gregorio de Salas escribió en 1808 D. Leandro Fernández de Moratín, sobre ser una composición que por su conciso y primoroso estilo logra expresar con singular eficacia los sentimientos más delicados, tiene, á mi ver, algo de simbólico; parece la despedida melancólica que se da al espíritu sosegado de España, suavemente dormido en sus ilusiones y creencias de antiguos días.

En esta veneranda tumba, humilde
Yace Salicio: el alma celeste,
Roto el nudo mortal, descansa y goza
Eterno galardón. Vivió en la tierra
Pastor sencillo, de ambición remoto,
Al trato fácil y á la honesta risa,
Y del pudor y la inocencia amigo.
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.
Su corazón, como su lengua, puro,
Amaba la virtud, amó las selvas.
Dióle su plectro, y de olorosas flores
Guirnalda le cifó, la que preside
Al canto pastoril, divina Euterpe.

A pesar de la compresión intelectual de que se valieron los absolutistas durante casi todo el reinado de Fernando VII, comprensión suspendida sólo en los tres años del 20 al 23, para dar lugar á un período de violencias y estériles tumultos, el manantial de la cultura propia y castiza ni se agotó ni se paró; antes bien siguió manando y corriendo, aunque en cierto modo oculta y subterráneamente, como corren el Guadiana y otros ríos, hasta surgir de nuevo sobre el haz de la tierra con más limpio y abundante caudal de frescas y cristalinas ondas. Lo que se llamó romanticismo pudo ser tráfico de tierras extrañas, pero en nuestra propia tierra se preparó todo desde mucho antes para recibirle, cultivarle y hacerle dar sazonado fruto. A fines del siglo XVIII y en el primer tercio del siglo XIX, hubo en España poetas románticos, antes de que llegasen hasta nosotros la fama de Víctor Hugo y de Alejandro Dumas, las novedades y los atrevimientos poéticos de Walter Scott y de Byron y la estética y la crítica flamantes de Lessing y de Guillermo y Federico Schlegel.

El entronizamiento del pseudo-clasicismo no cohibió á D. Nicolás Fernández de Moratín para que escribiese las preciosas quintillas *Fiestas de toros en Madrid*, y los romances *Abdelcadir y Galiana, Empresa de Micer Jaques Borgoñón y D. Sancho en Zamora*, romances cuyas ricas galas y cuya inspiración



UNA ORDEN! — Cuadro de M. Levis

genuina y lozana envidiarían Góngora y los autores de las más estimadas joyas del *Romancero*.

Aquella idea que parece presidir á la publicación que hizo Batteux de las cuatro poéticas, suponiendo, en correspondencia con ellas, cuatro siglos de alto florecimiento literario, el de Pericles, el de Augusto, el de León X y el de Luis XIV, fuera de los cuales no se veían sino tinieblas, ignorancia y mal gusto, no entibió el afán de investigación, ni el esmero entusiasta con que D. Tomás Antonio Sánchez dió á la estampa los poetas españoles anteriores al siglo XV, y con que el padre Fr. Martín Sarmiento estudió los orígenes de nuestra poesía, y D. Leandro Fernández de Moratín los de nuestro teatro.

D. Bartolomé José Gallardo, y más tarde D. Pascual Gayangos, D. Serafín Estévez Calderón y otros bibliófilos, recogieron con veneración y amor los antiguos y olvidados libros de nuestra literatura de los siglos XVI y XVII, y consagrándose á su lectura trajeron de nuevo á nuestro idioma la riqueza y el carácter antiguos y no pocos de los giros, frases é idiotismos que les fueron peculiares. Fuente de inspiración fue el trabajo erudito para ellos. Gallardo compuso versos como los titulados *Blanca Flor*, que parecen propios del más gentil poeta de principios del siglo XVI, y Estévez Calderón, además de darnos en las *Escenas andaluzas* un dechado de rico y castizo lenguaje en prosa, escribió poesías que hubieran prohijado con orgullo los más brillantes y refinados ingenios de la corte de Felipe IV. Así *La miga y la escuela* y *La niña en feria*.

Entre los más egregios precursores, ó como si dijéramos profetas del romanticismo, descuella D. Agustín Durán, el príncipe de nuestros críticos en la primera mitad del siglo XIX, el encomiador y defensor de nuestro teatro y el coleccionador de nuestro incomparable *Romancero*. Poeta también por la erudición y por el entusiasmo que el romancero le infundía, compuso las dos preciosas leyendas en romances, tituladas *Las tres toronjas del verjel de amor* y *La infanta de Francia y el hijo del Rey de Hungría*.

A dar más verdadero color á las narraciones poéticas de los musulimes españoles, y á que perdiesen el aparato convencional de los romances moriscos, contribuyó también el estudio erudito de los arabistas, entre los que se adelanta el tal vez injustamente censurado D. José Antonio Conde. Al mismo fin pudo valer también el ilustre prócer y general Conde de Noroña, ya con su poema *Ommiada*, aunque poco dichoso y menos leído, ya con sus poesías árabes y persas, traducidas en verso castellano del inglés y no de las originales lenguas asiáticas.

La afición á la docta antigüedad clásica, grecolatina, no hizo tampoco que se olvidase ni que se descuidase el estudio de la Biblia como fuente de inspiración poética. De ello dió claro ejemplo D. Tomás José González Carvajal, así con sus traducciones de los Salmos, como con sus poesías reli-

giasas originales, donde, á pesar de la sencillez del estilo, que toca á veces en desmayado y prosaico, hay vivo fervor y no poco de la pompa majestuosa, de las galas y de la riqueza oriental de imágenes que adornan las Sagradas Escrituras.

Otro elemento del romanticismo, percibido en España mucho antes de que el romanticismo viniera, fue la sensibilidad enfermiza, algo de soñador y de tético, y un pesimismo ya lánguido, ya desesperado, que inducía á buscar la bienaventuranza en pasados tiempos fantásticos: en una imaginada edad de oro que ya se ponía en las primitivas selvas, ya en siglos de mayor fe y de menos reflexión y refinamientos. No cabe discutir aquí si la lectura de Juan Jacobo Rousseau produjo este modo de pensar y de sentir en el alma de D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos. A veces corren por el aire los gérmenes de las epidemias, y se dan casos de ellas en opuestos países sin necesidad de que el mal se transmita por contagio. Tal vez preparada la tierra por idéntico aspecto de los cielos y por parecida disposición de los astros, produce con espontaneidad frutos semejantes sin que la semilla se traiga de diverso suelo, se siembre y se cultive. Como quiera que sea, es indudable que en Cienfuegos hay cualidades y propensiones que parecen nacidas de la admiración al autor de *Las confesiones* y de *La nueva Eloísa*; la malquerencia hacia el presente estado social, el descontento crítico de la actual defectuosa civilización y el amor fervoroso á la soledad, á las primitivas selvas y á un vago ideal de vida rústica y sencilla. Pero también es indudable, aun suponiendo que Cienfuegos se inspiró en Rousseau, que acertó á beber en aquella fuente, destilando lo que bebía á fin de purificarlo, ó interponiendo un bienhechor filtro mágico, donde quedaron las impurezas y el veneno, el feo cinismo, la perversión moral y no pocas vergonzosas rarezas.

Más original y castizamente romántico, sin que en sus versos se noten huellas de lo extranjero ni tampoco de obras españolas de otras edades, fue el singular poeta D. Nicomedes Pastor Díaz, que apareció en los albores del florecimiento romántico y trajo de la mano y presentó al público al más característico vate de la nueva escuela: al insigne D. José Zorrilla. El prólogo que á las poesías de éste puso D. Nicomedes contiene en cifra toda su estética, toda su filosofía del arte. Fervoroso creyente D. Nicomedes, no puede entregarse á la desesperación; antes prevé y anuncia, aunque para vago, incierto y quizás remoto porvenir, una era dichosa de paz y de fraternidad entre los hombres de todas las naciones y razas, que tendrán comunión de pensamientos y creencias, y que, precedidas del mismo estandarte, irán ascendiendo á más lucientes esferas. Los poetas son para D. Nicomedes los hierofantes del linaje humano. Sus invenciones y sus ensueños preceden á la ciencia discursiva y van abriéndole camino. Tal es la soberana y semidivina *misión* de los poetas. Un momento hubo en que D. Nicomedes se creyó también con *misión* y como enviado del cielo. Pero, al aparecer Zorrilla,

D. Nicomedes le reconoce por el verdadero enviado, renuncia á su misión y se retira con modestia.

Entretanto, ya sea Zorrilla el que tiene misión, ya la tenga también D. Nicomedes, los tiempos presentes, según D. Nicomedes los describe, no pueden ser más calamitosos. «En el estado actual de nuestra indefinible civilización, la poesía, como todas las ciencias y artes, como todas las instituciones, como la filosofía y la religión, ha perdido su tendencia unitaria y simpática; porque no existiendo sentimientos ni creencias sociales, carece de base en que se apoye y de lazo que á la humanidad la ligue. Sin poder proclamar un principio que la sociedad ignora, sin poder encaminarse hacia un fin que la sociedad no conoce, ni dirigirse hacia un cielo en que la sociedad no cree, la poesía, dejando una región en la que no hallaba atmósfera para respirar, se ha refugiado como á su último asilo á lo más íntimo de la individualidad y del seno del hombre, donde, aun á despecho de la filosofía y del egoísmo, un corazón palpita y un espíritu inmortal vive.»

Resulta de aquí que para D. Nicomedes la poesía posible en su tiempo era puramente *sujetiva*. No surgía sobre el haz de la tierra como claro manantial en cuyas ondas el cielo refleja su azul y el sol sus rayos de oro, sino que era menester buscarla hundiéndose en el obscuro abismo de nuestro espíritu, cuyo aislamiento hace del sér humano el más miserable y desgraciado de todos los seres.

En consonancia con este concepto del arte y de la vida, los versos de Pastor Díaz son lúgubres, melancólicos, quejumbrosos y *nocturnos*. *La mano fría* de la razón viene á posarse sobre su frente calenturienta en la obscuridad de la noche, y despoja de todas sus galas á la Naturaleza vista por él, y marchita las flores, y envuelve en negro crespón el ambiente diáfano, y convierte á los hombres en esqueletos y á las más lindas muchachas en *desechadas momias*. Ya se comprende que, si la razón ha de ejecutar en nosotros tan diabólicas travesuras, más vale ser locos que cuerdos. Más triste aún y más aterradora que *La mano fría* es otra visión que persigue por todas partes al poeta: es una *negra mariposa*, sombra de una mujer muerta. Pero la más tremenda de las visiones de Pastor Díaz, la que lleva en su seno y da sér á las demás visiones, es la propia, colosal y fantástica musa, que se le aparece, flotando sobre el mar, agitado entre tempestuosas tinieblas, interrumpidas sólo por los relámpagos. Esta musa sella su frente con mortífero beso, y le consagra y predestina para siempre al dolor y á cantar sólo el rigor de la suerte, ternuras inútiles y

La soledad, la noche y las dulzuras
De apetecida muerte.

Cuando consideramos que D. Nicomedes Pastor Díaz, sobre ser un egregio poeta á pesar de sus fúnebres extravagancias, fue también elocuentísimo orador y discreto y fecundo prosista, hombre de Estado de alto crédito, lisonjeado por la fama, encumbrado por la fortuna á las más altas posiciones oficiales, y estimado y querido de la gene-



CUADRO DE MARTIN TOVAR Y TOVAR

ralidad de las gentes por su amena conversación y apacible trato, casi nos inclinamos á creer que en sus espantables melancolías entró por mucho la moda, aunque también se explique y pueda atribuirse en gran parte á lo delicado de su salud, que afligió mucho su vida, terminándola en muerte hasta cierto punto prematura.

Por dicha, distaron no poco de ser tan lastimeras como la voz de D. Nicomedes las de los demás poetas de aquel período; período que bien pudiéramos imaginar como repentina primavera que de improvviso derrite la apretada capa de nieve bajo la cual ha crecido misteriosamente la hierba, y nos la muestra lozana y verde, cubriendo los campos y prometiendo la próxima aparición de mil lindas y tempranas flores. A pesar de las discordias civiles, el principio del reinado de Isabel II fue como luziente aurora de un día alegre, á quien hacen salva los pajarillos con variados gorjeos, trinos y *pitadas*. Hubo ruiseñores y jilgueros á bandadas, pero hubo también aves noctívagas, lechuzas y buhos que se habían acostumbrado á exhalar sus silbos agudos y siniestros en la larga noche del ya pasado absolutismo.

No todo, sin embargo, prometía ventura en la nueva era. Y menos aún que ventura, prometía sosiego. Se cuenta que el mismo rey Fernando VII lo había pronosticado en frase tan gráfica como poco poética, comparándose al tapón de una botella de cerveza que, no bien se quitase, dejaría al fermentado líquido brotar espumante y derramarse por donde quiera en estrepitoso desorden.

Cerradas las Universidades y mirada de reojo y con recelo la ciencia especulativa, casi nos atrevemos á presumir que no había por entonces muy notables sabios y filósofos en España: todo muy por bajo de lo que hubo en la Edad Media, así entre cristianos como entre judíos y musulimes, y de lo que hubo en la edad triunfante y católica de nuestra gloriosa expansión. Nada al nivel de Vives, Suárez, Victoria, Melchor Cano y Domingo de Soto. Por el lado de lo experimental y práctico no nos señalá-bamos tampoco, ni tal vez nos distinguimos todavía. Cuantos son los inventos, artificios y maquinarias para coser, para guisar, para mover las cosas por vapor ó por virtud eléctrica, para enviar á largas distancias palabras y sonidos, para guardarlos en una urna y reproducirlos á nuestro antojo, para copiar los objetos valiéndose de la luz, etcétera, etc., todo se ha inventado fuera y todo ha venido de fuera.

La palabra propia nuestra ha sido, es y será, no obstante, poderosa y fecunda. ¿Y dónde mejor que en la poesía había de mostrar su fecundidad y su poder, así en su uso como en su abuso?

Prolijo y difícil sería investigar aquí las causas; pero bien podemos afirmar que no hay nación de Europa donde la poesía, y especialmente la lírica y la narrativa, no haya florecido, tanto ó más que en cualquiera otro siglo, en el siglo XIX. Con mayor motivo en España ha ocurrido lo mismo que en las demás naciones. Y si en otras

artes, disciplinas y ejercicios España quedó rezagada ó bajó de nivel, en esto de la poesía se mantuvo, á mi ver, ó se elevó tan alta, como los pueblos más cultos, más ricos y mejor dotados de una brillante literatura. Lo que en la nuestra se advierte de incompleto y defectuoso, tal vez no proviene de mengua de inspiración natural, sino de la escasez de aquellos elementos extraños que acuden en auxilio del ingenio, que le prestan alas, y que, combinándose con los euseños de la fantasía y con los pujantes sentimientos del corazón, enriquecen, digámoslo así, la sustancia exquisita, las perlas, los diamantes y el oro con que la poesía labra sus joyas.

De todos modos, y deplorándolo á par que de ello estemos también ufanos, acaso es la poesía lírica y narrativa el mejor y más sazonado fruto que en el siglo XIX ha dado la cultura española. No se extrañe, pues, que para tratar de él y para encomiarle como merece, nos extendamos en este somerísimo estudio mucho más de lo que nos habíamos propuesto.

JUAN VALERA.

PARA ALFREDO PIETRI.

Una noche, de esas noches largamente misteriosas,
en que fluyen raras formas los contornos de las cosas:

Por las húmedas arenas de la playa soñolienta,
sus corceles plafadores agitaba la tormenta.

En el árido arrecife, centinela de la costa,
que á las olas majestuosas con su enorme brazo agosta:

La cuadriza de corceles, agitando las espumas,
abrió surcos en los senos impuditos de las brumas.....

Y á los recios alaridos que lanzaba alzado el viento,
hacían eco las cavernas y el oscuro firmamento.

Yo le dije á la espesura de las noches misteriosas:
"Por los varios tintes raros en que envuelves á las cosas?"

"Por las húmedas arenas de la playa soñolienta
donde plafan los corceles cuando brama la tormenta?"

"Contra el árido arrecife, centinela de la costa,
que á las olas majestuosas con su enorme brazo agosta,"

"Quiero huir de mis desventuras; y en las húmedas espumas,
ir flotando por los senos entrecubiertos de las brumas".....

Y á los recios alaridos que lanzaba alzado el viento,
respondieron las cavernas y el oscuro firmamento!

R. BENAVIDES PONCE.

MAÑANA DE MAYO

Se encontraban los mancebos
antes que el sol apuntara,
y calladito y apriesa
dábanse un beso y pasaban.

Romance antiguo.

Al sonreír del cielo
—Que sus purpúras nubes se desgrana—
Recoge del Oriente el pardo velo
Con sus dedos de rosa la mañana.

Empiezan los rumores
Del aura leve que apresaba el frío,
Y exhíbense en sus cálices las flores
Coronadas de perlas de rocío.

Todo es hechizo y gala:
El árbol verde su ramaje inclina:
Srídeas ondas el raudal resbala,
Y de las selvas el olor se exhala
Del monte Gazirim en Palestina.

Da el buitre al aire su graznido ronco;
Del sol los rayos la laguna quiebra,
Y sobre el viejo tronco
Se sube á calentarse la culebra.

El pichonzuelo chillaba
Mostrando el pico en su nidal de lama;
Con volteretas mil la astuta ardilla
El fruto busca de la endeble rama;
La abeja liba el jugo
Que el tierno ovario de la acacia vierte,
Y el águila, el verango
Del tardigrado inerte,
Ráscale el pecho con profunda herida,
Y comienza la lucha por la vida
Entre los brazos mismos de la muerte.

En tanto, con su diana
—Si de alegre expresión—salvaje y ruda,
El pájaro saluda
La aparición feliz de la mañana.

II

Bajo el ramaje de copado pino
Que se alza al pie de cultivada era,
Gallardo campesino
Con la pala en la mano está en espera.

Nadie viene.

A distancia, en la llanura,
Emerge el humo de la antigua choza;
A ordeñar la lechera se apresura;
La alegre cabra en el redil retoza;
Bala la oveja en el lejano cerro,
Y tras el toro que el maíz arrasa,
Mandado por el dueño de la casa
Ladrando corre y jadeante el perro.

Por fin, un ruido suena:
Una extraña inquietud al mozo llena;
Y del ramaje que el favonio mece,
Bella, graciosa, espiritual, morena,
Una púdica virgen se aparece.
Y como en pos de miel la abeja toca
El rojo botoncillo del frambueso,
Al punto, de su amante va á la boca
Y estalla en gozo la explosión de un beso.....

Ella sigue tranquila su camino
En alas del placer y la esperanza;
Y con la pala al hombro, el campesino
También torna feliz á su labranza.

EMILIO CONSTANTINO GUERRERO.

El Valle.

CANCION DE LA MISERIA

De «POEMAS DEL COLOR.»

Soy carne fuerte por el sol tostada
carne de pueblo en el taller vencida:
si por todos los yugos oprimida,
de todos los cansancios fatigada.

Llevo ante el mundo la cerviz doblada
por un negro atavismo de la vida,
cual pobre bestia con sudor ungida
sobre el árido campo maltratada.

Yo soy la rebelión, soy la Miseria,
soy la fecunda y vigorosa arteria
que huye de las sociales podredumbres.

Yo soy la apocalíptica campana
que pregona las misas del Mañana
colgada como un Sol entre dos cumbres!

JOSÉ LOPEZ DE MATORANA.

UNO de los penosos días del pasado mes de diciembre fuimos dolorosamente sorprendidos por la nueva del fallecimiento de don MARTÍN TOVAR Y TOVAR.

Un deber patriótico, de admiración, de afecto y de amistad, nos impone la triste necesidad de abrir con una página de dolor la primera edición de nuestra Revista en 1903.

Resto de una generación nacida al día siguiente de haberse constituido la Patria; heredero de un apellido que ilustra los anales de Venezuela batalladora por la Independencia; gloria él mismo de esa patria, por virtud de la altura eminente á que ascendió en las cimas del Arte, este muerto merece que los más altos y nobles sentimientos lleven sus ofrendas á la tumba que ha recibido sus despojos.

Sintió intensamente, cariñosamente el honor, las glorias, los afanes, los dolores de esta tierra, cuna de lidiadores; y su pincel de gloria y de amor tradujo en colores heroicos, en actitudes de Iliada, todo cuanto de eximio, entusiasta y grandioso sintió su alma vibrante de artista y de patriota.

Más que en la tradición y en la historia, se inspiró en su sentimiento y en su genio para trazar aquel hermoso tumulto del Congreso de 1811, nuestro sublime Agora, en que los primeros padres de la patria estampan sus firmas en el Acta de la Independencia, gloriosa anfictionia, en la que celebran consejo digno de los más solemnes momentos de la humanidad y de la historia, los más preclaros representantes del porvenir de la América libre.

Fué luego su musa, la misma que se llamó camarada de Zeusis, en peregrinación piadosa y épica, por los campos y las cumbres del heroísmo patrio, fúlgidos de escarlata bajo la sangre de los paladines y bajo el in-

censo de las metrallas; y pintó, para nuestro Salón Eliptico, sala de Minerva y Marte: *Boyacá*, el duelo de la España caballeresca, cuyo honor guarda Barreyro, con la joven república, cuyas armas blande Anzoátegui,

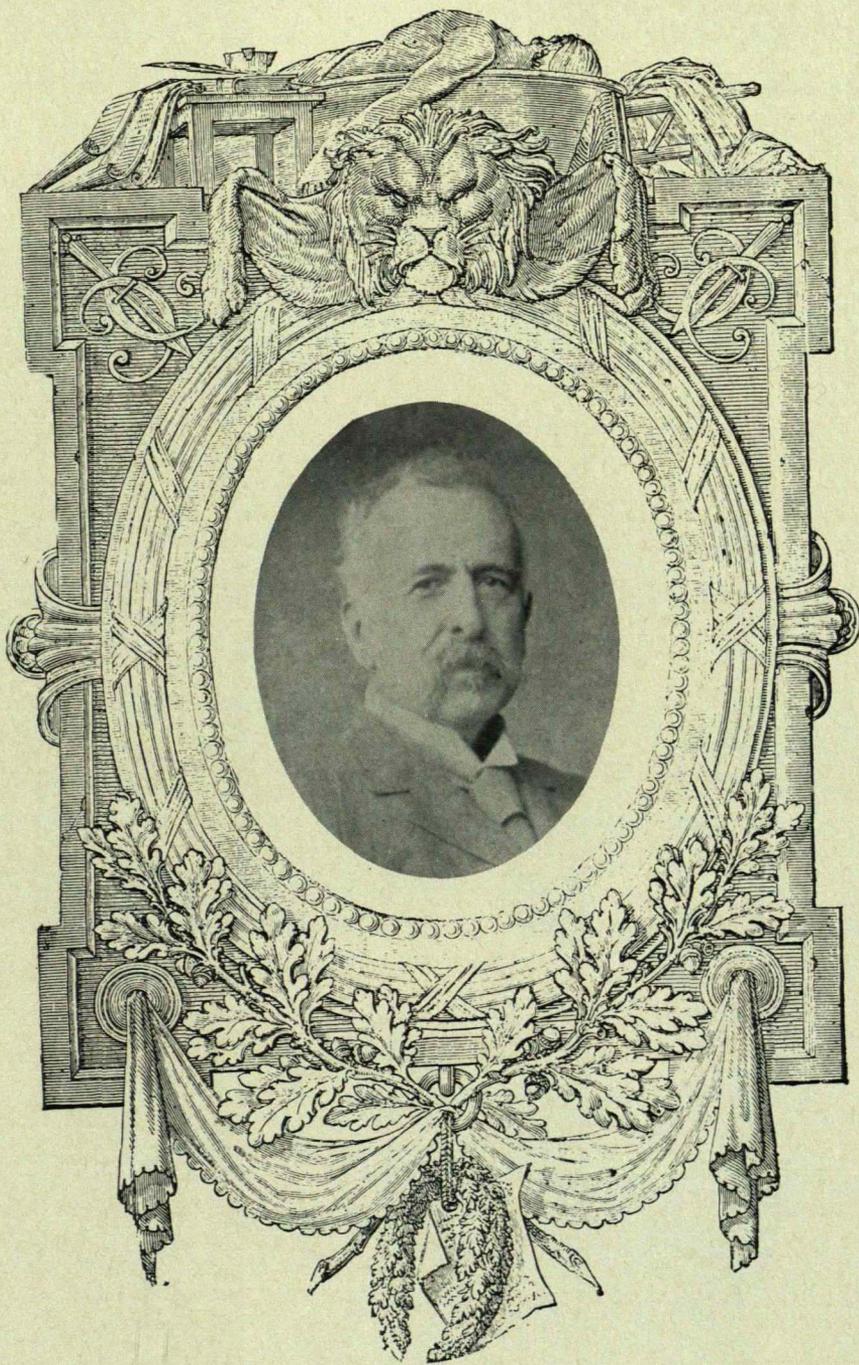
ble, cuya fama apenas osará nombrar la Historia, después que fue pregonada por la trompa de Olmedo; é interpretó, excelsa como los destinos que consagraba, majestuosa como las postestades que la firmaron, la *capitulación de Ayacucho*, solemne, hidalga é inmortal, como la gloria del vencedor esclarecido....

Serian de mención abrumadora por magníficas las obras del ilustre pintor que tendríamos que enumerar y recordar. De su espléndida copia exurge, entonando no sabemos qué de sublime é inexpressable, el sentimiento de la inmensa visión de honor y de grandeza en que vivió el artista, grande por su obra, grande por su corazón, venerable por su vida y por la altura de su alma.

El destino pareció celoso de la eminencia á que había ascendido este espíritu, y como si supiese que un soplo de dolor físico no era bastante poderoso á extinguir esa viviente llama de orgullo patrio, la ráfaga homicida que sólo nos ha dejado pauesa deleznable, penetró hasta el alma del pintor por la rasgadura irremediable de un agudo dolor moral: vió en sus últimos días cómo el cielo en donde resplandece *Junín* dejó desprender de su techumbre aquel miraje glorioso, que brotó de su pincel como una visión cariñosa de su amor de artista y de su amor de patriota. Présago aterrador, que fué á tocar el aviso de Fatalidad á las puertas de aquel espíritu recogido en la solemnidad de su ensueño!

La distinguida familia de TOVAR Y TOVAR sabe que la acompañamos con íntima sinceridad en la pena que la agobia.

(En próximas ediciones nos proponemos publicar gran parte de las muchas obras desconocidas hasta ahora del público, que poseía en su estudio el egregio artista.)

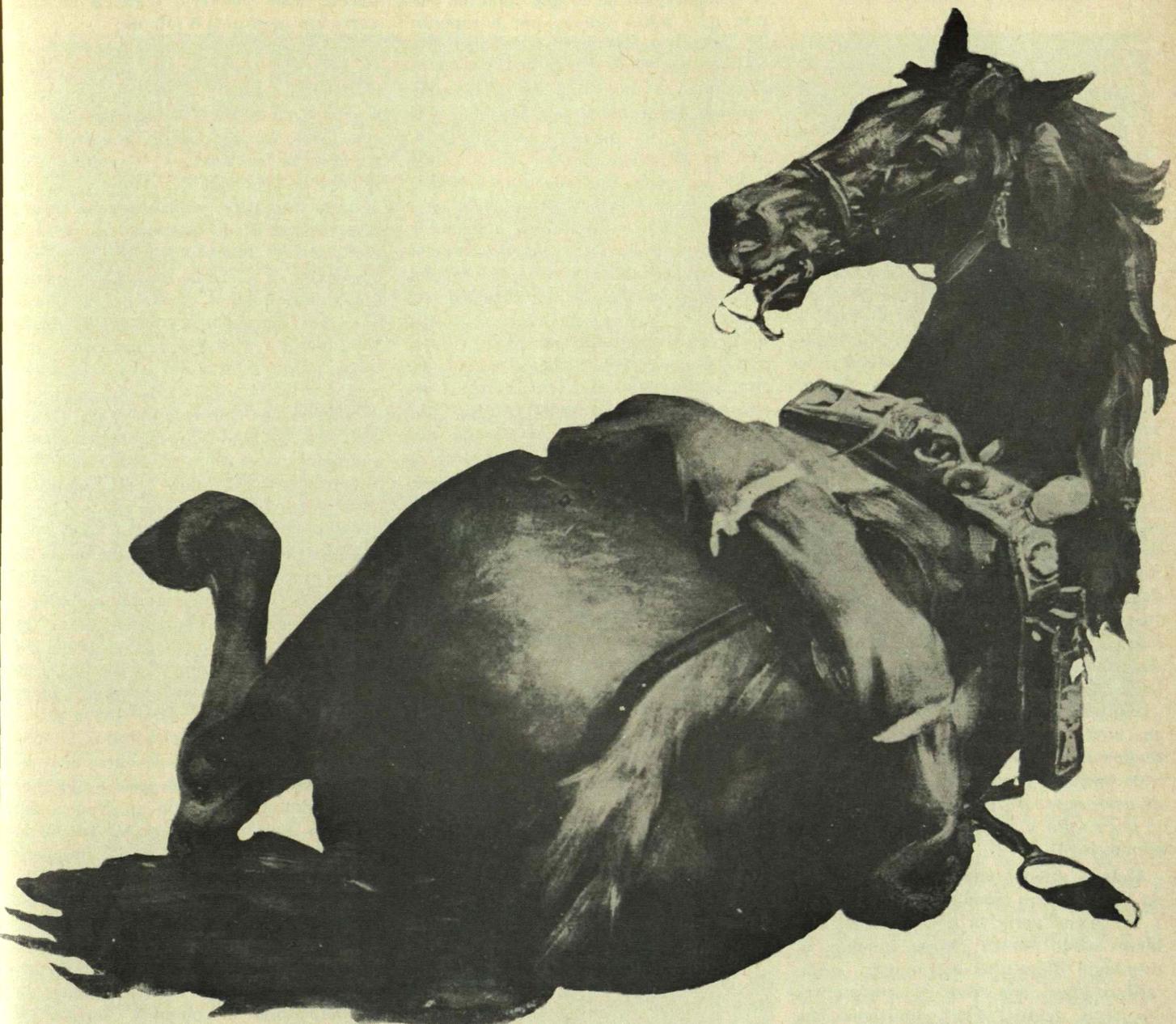


adiestrado por Bolívar; y *Carabobo*, ese tropel troyano que fulgura bajo la bóveda capitolina, en rojo de sangre y fuego, despeñadero de los bravos lanceros del indómito Páez, desde lo alto de la muralla inmovible que forman con sus pechos los soberbios legionarios de English y de Fariar; y pintó *Junín*, el torneo incompara-

JUNIN - Cuadro de Tovar y Tovar



Junin
Tovar y Tovar
1900



Estudio de Martín Tovar y Tovar para su cuadro "Carabobo"

¿QUÉ ANHELAS?

—
 Cuando en las noches del invierno, sueñas
 Con las tardes azules del verano,
 Y en actitud romántica, te empeñas
 En arrancar ternuras á tu piano:

Quando desmayas la gentil cabeza
 En tu cojín de terciopelo y plumas,
 Y miras con recóndita tristeza,
 Al Avila embozado entre las brumas;

¿Por qué te desconsuelas?... ¿Qué indecisa
 Remembranza tu espíritu sofoca,
 Que apenas desentume la sonrisa
 El fragante capullo de tu boca?

¿Qué aurora opaca, por tu mal, despunta
 Y te niega el calor de sus destellos?
 ¿Por qué escondes la frente, cejijunta,
 En la noche sin fin de tus cabellos?

¿Por qué radian tus ojos, intranquilos?
 ¿Cuál pesadumbre, qué dolor gigante,
 Voraz te acosa, y mustia con sus hilos
 De lágrimas tu pálido semblante?

¿Acaso evocas los hermosos días,
 Aquellas noches en que, largas horas
 En mis brazos, risueña te adormías,
 Soñando con espléndidas auroras?...

¿Quizás tu alma, como flor que esplende,
 Vivir anhela bajo un alba rubia;

Como una alondra que á la luz extiende
 El ala humedecida por la lluvia!

Tal vez tu juventud que se desploma...,
 Pide antes de morir un beso tierno,
 Como un rosal que al consumir su aroma,
 Muere bajo el granizo del invierno.

Será que piensas en tu amor... ¡Acaso
 Anhelas que sus turbias radiaciones,
 De tu excelsa hermosura en el ocaso,
 Resuciten tus muertás ilusiones!

Mas, es vano tu empeño! Tu hermosura
 Es un cielo sin luz; y amortajado,
 Yace tu amor!... perdido entre la obscura
 Noche de los escombros del pasado!

1903.

JUAN DUZÁN

«SANGRE PATRICIA» (*)



Manuel Díaz Rodríguez se estrenó hace pocos años con un libro titulado *Sensaciones de viaje* que le puso en seguida en el rango de los más notables escritores venezolanos, especialmente por la riqueza y elegancia de su estilo; y cuando sonaban todavía los aplausos de su estreno publicó, uno tras otro, los volúmenes que se titulan *De mis romerías*, *Confidencias de Psiquis* y *Cuentos de color*.

Cuando ya su nombre y celebradas sus obras dentro y fuera de la patria, volvió los ojos á ésta, puso freno á la fantasía errabunda, buscó en el suelo nativo substancia y materia más sólidas para sus trabajos de pensador y artista, y escribió su primera novela, *Idolos rotos*, la cual no fue menos aplaudida que las impresiones del viajero y las confidencias del psicólogo.

Sangre patricia es su segunda y última novela, y en ella desarrolla más la tendencia á penetrar en el seno de la vida nacional para sacar de ésta la obra de arte capaz de conmover hondamente el corazón y el entendimiento de sus conterráneos.

Quiero señalar esa tendencia, y decir en breves frases cómo se manifiesta.

No es cual sería la de quien no hubiese salido nunca de su pueblo, ni estudiado literaturas extranjeras, ni familiarizándose con usos y costumbres de otras gentes. Díaz Rodríguez ha viajado y observado mucho, justamente en la edad propia de los viajes, de mozo, cuando está fresca el alma, cuando los ojos ven mejor. Viajando, supo hablar otras lenguas, lo que es condición indispensable para comprender que la ciencia y el arte, la verdad y la belleza, no son patrimonio de una sola civilización ni de sólo una raza; y observando pueblos y vidas diferentes, adquirió aquel precioso hábito cosmopolita sin el cual el espíritu se arraiga como los árboles en vez de volar como las aves; sin el cual no hay medio de distinguir lo que es común á los hombres de todas las latitudes y lo peculiar de cada nación; hábito que, por otra parte y felizmente, lejos de enfriar el amor ni aflojar los lazos que nos ligan á la familia y al terruño, hace al uno más hondo con la ausencia y si es posible más puro, y fortalece los otros por

la comparación de lo que falta en casa y lo que sobra afuera; por la esperanza de ver un día el propio hogar más cómodo y más bello; por el deseo, en fin, que palpita en todo pecho bien nacido, de trabajar por el bien y el nombre de la madre que no muere, que es la patria.

No es, pues, extraño que si bien la novela de Díaz Rodríguez trata de asuntos puramente venezolanos, muchas de sus páginas parezcan escritas en los centros literarios más refinados de Londres, París ó Roma. En primer término, los personajes pertenecen todos á la clase social superior, viajan por países extranjeros, y más de una escena tiene lugar en ciudades como París y en aguas remotas como las del Mediterráneo. Además, y sobre todo, no es posible que en las concepciones y en el estilo de un autor joven deje de revelarse á menudo la influencia del ambiente espiritual en que ha vivido y hasta el reflejo más ó menos aparente de sus lecturas predilectas. La originalidad absoluta no existe ni ha existido nunca. Aun en las obras maestras de los más grandes genios es fácil distinguir la parte de creación original y la que es común a las ideas y modas de su tiempo; y si no puede el vulgo hacer tal distinción es porque ve á los genios al través de largas distancias ó de siglos; porque ve solamente las cumbres de las épocas literarias; y porque, en refiriéndonos á las obras maestras del pasado, éstas se presentan aisladas de la multitud de otras obras que aparecieron en el mismo momento, pero que, menos bellas, hubieron de quedarse en la penumbra ó en el olvido.

Lo que no impide, claro está, expresar el deseo de que un escritor de tan altas prendas artísticas como Díaz Rodríguez desbroce su estilo de ciertas reminiscencias y aun de cierto amaneramiento que en ocasiones le quitan limpieza y genuina hermosura. Citaré un ejemplo. Belén «mostraba en su belleza algo del color, un poco de la sal y mucho del misterio de los mares. Bien se podía ver en su abundante y ensortijada cabellera la obra de muchas ne-reidas artistas que, tejiendo y trenzando un alga, reluciente como la seda y negra como la endrina, encantaron el ocio de las bahías y las grutas: al milagro de su carne parecían haber asistido el alma de la espuma y el alma de la perla abrazadas hasta fundirse en la sangre de los más pálidos corales rosas; y sus ojos verdes eran como dos minúsculos remansos limpios, cuajados de sueño, en una costa virgen toda llena de camelias blancas.»

Nótese cómo tantas cosas bellas, lejos de amalgamarse para fijar la atención en un todo armonioso, la dispersan, la extravían y la pierden en los porme-

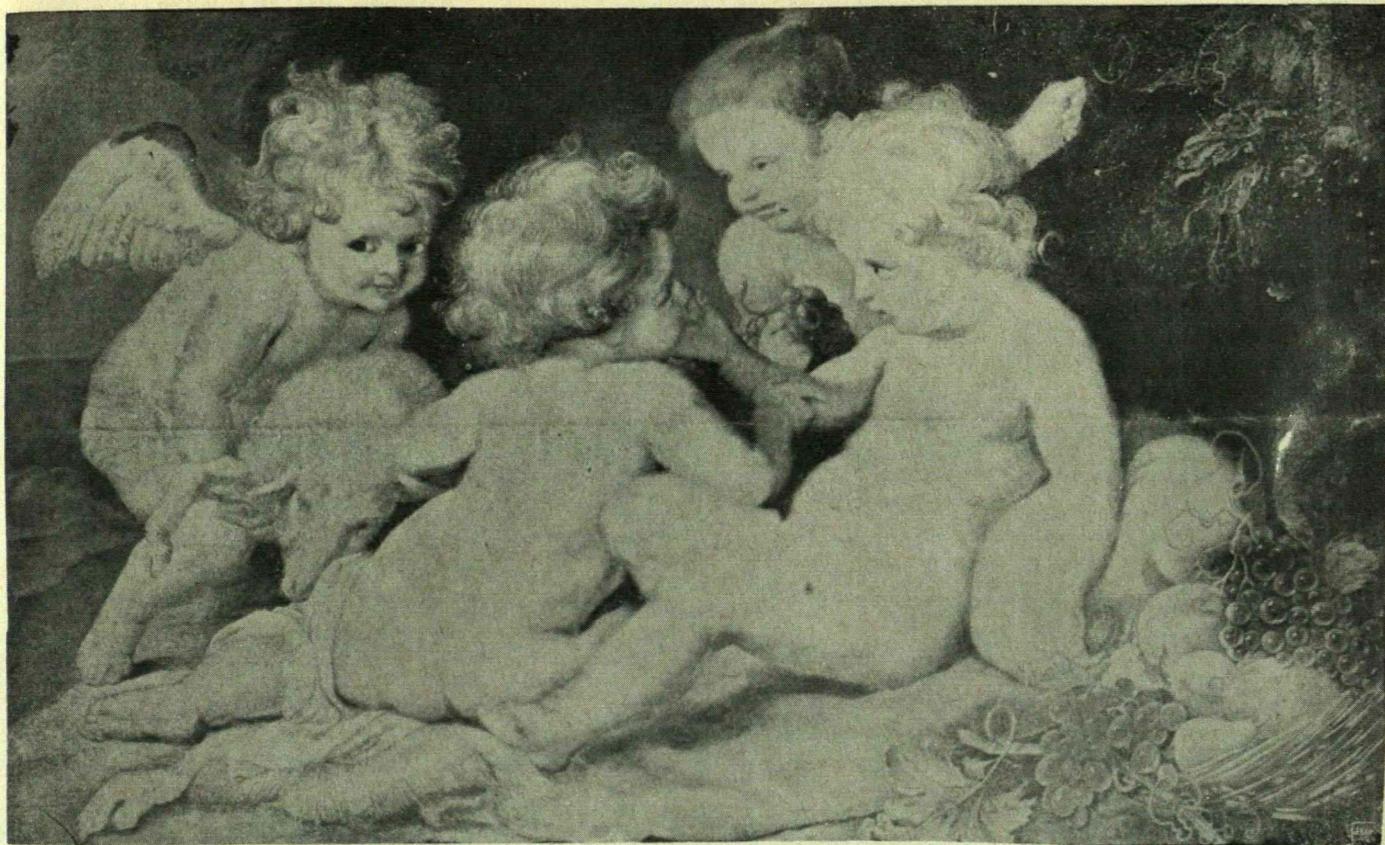
nos, hasta convertir á Belén en una aparición fantástica ó soñada.

En cambio, detiéndense los ojos á admirar en otras partes del libro descripciones que serian perfectas sin cierto descuido en la elección de algunas voces. Como ésta: «Arriba, por encima del vapor y de su cordaje, el cálido azul intenso de los cielos del trópico. Abajo, la mar, impávida y de un azul turquí á los costados de la embarcación, tomaba en el horizonte la obscura tinta del acero. Y sobre la mar, cerca y lejos del vapor, muchas algas, de las llamadas *uvas del trópico*, dispuestas caprichosamente, ya en guirnaldas, ya en coronas, ya en deleznables islas.»—Así ven y pintan los mejores artistas.

Tulio Arcos, protagonista de la novela, desciende de un guerrero español que detrás de Colón se fué á América á pelear con los indios. Este conquistador y sus hijos, movidos por el deseo de adquirir gloria y crearse nueva patria, fueron grandes en la faena de la guerra y en las artes de la paz. «Un Arcos, dice el autor, fundó ciudades y cristianizó indios. Llamósele, entre los Arcos, el gran Encomendero. Otros del mismo nombre, depuestas las armas de la conquista, se consagraron á educar á las gentes, y en el alma nueva de la colonia pusieron la aspiración á la más excelsa cultura. Así uno de ellos, al romper en toda América el grito de la guerra libertadora, esparcía en Venezuela, entre los jóvenes, el grano de luz de la enseñanza. La guerra de la independencia marcó, en la ya numerosa familia, una división profunda: algunos, fieles á España, á España emigraron; los otros recogieron las armas de la conquista y pelearon por la libertad, formando en la brava y corta falange de emancipadores de pueblos. Dos de los últimos dejaron bien puestos sus nombres entre los más altos de aquella generación incomparable. Por algo entró la fuerza de su estirpe en la bondad y madurez de ese fruto americano de la raza española. Establecida la República, partida en tres la Gran Colombia, los que sobrevivieron á la lucha contra España se dedicaron á la política y las letras. Entonces fue cuando la familia de los Arcos despidió su mejor brillo en la persona de un orador y estadista famoso cuyo nombre quedó simbolizando una época, ilustrando una política y dando perenne elogio y resonancia á dos Congresos de la República. Este y el conquistador estaban como en los dos polos de energía de la raza. Al estadista siguió un gran silencio.»—(Todo el párrafo está admirablemente escrito).

Tulio vive en la época sin gloria. Su familia no forma ya un haz sano y fuerte. Abundan en ella las ramas degeneradas y enclenques: los instintos del mercader sin escrúpulos van ahogando la noble-

(*) Novela por Manuel Díaz Rodríguez. Caracas. Tip. J. M. Herrera Irigoyen & Ca. 1902.



CUADRO DE RUBENS

za del hidalgo: la sangre patricia se deslía en cruzamientos bastardos; y la indolencia debilita la fibra antes vigorosa de la raza. Pero el alma de los antepasados vive en Tulio, pura y brava; y él quiere mostrarla otra vez en acciones grandes y gloriosas. Cómo?

Aquí la parte más interesante de la novela. El autor analiza con muy fina agudeza el carácter de su héroe; baja á lo más íntimo de su conciencia; se para á observar sus períodos de desaliento, y se precipita con él en los vuelos de su ideal; le acompaña en los aposentos de la casa solariega y en el bullicio de las calles; dice sus gustos, sus amores, llora con sus penas y canta con sus esperanzas.

La voz de la sangre le grita á Tulio: «Un Arcos no puede quedarse viendo pasar la vida, como se queda un soñador ó un idiota viendo correr el agua del torrente.»

Y Tulio abandona la casa solariega y los ojos de la novia para lanzarse á la lucha por el bien de sus conterráneos y la fama de su nombre. Cada hombre lucha en el medio y con las armas de su tiempo. Los tiempos eran de revolución.... ¿Acaso fueron nunca de paz en nuestras impacientes Repúblicas?... Tulio adopta las armas guerreras, para combatir la guerra con la guerra; para ver si la sangre vertida con exceso abo-

na la tierra árida: para buscar en la muerte de los unos la redención de los otros, la redención de la patria....

¿Como si sesenta años de revoluciones estériles no pudiesen despertarnos todavía del sueño insensato!

No lo digo, empero, á modo de censura. El autor encarna en su héroe de novela una tendencia nacional, una idea de muchos, un ideal de muchos; y era bueno que tal *estado de alma* se fijase en las páginas de un libro para que sirviese, no tanto de entretenimiento cuanto de motivo á reflexiones serias.

La epopeya de Tulio dura poco. Cae prisionero; le ponen en libertad; y lo destierran.

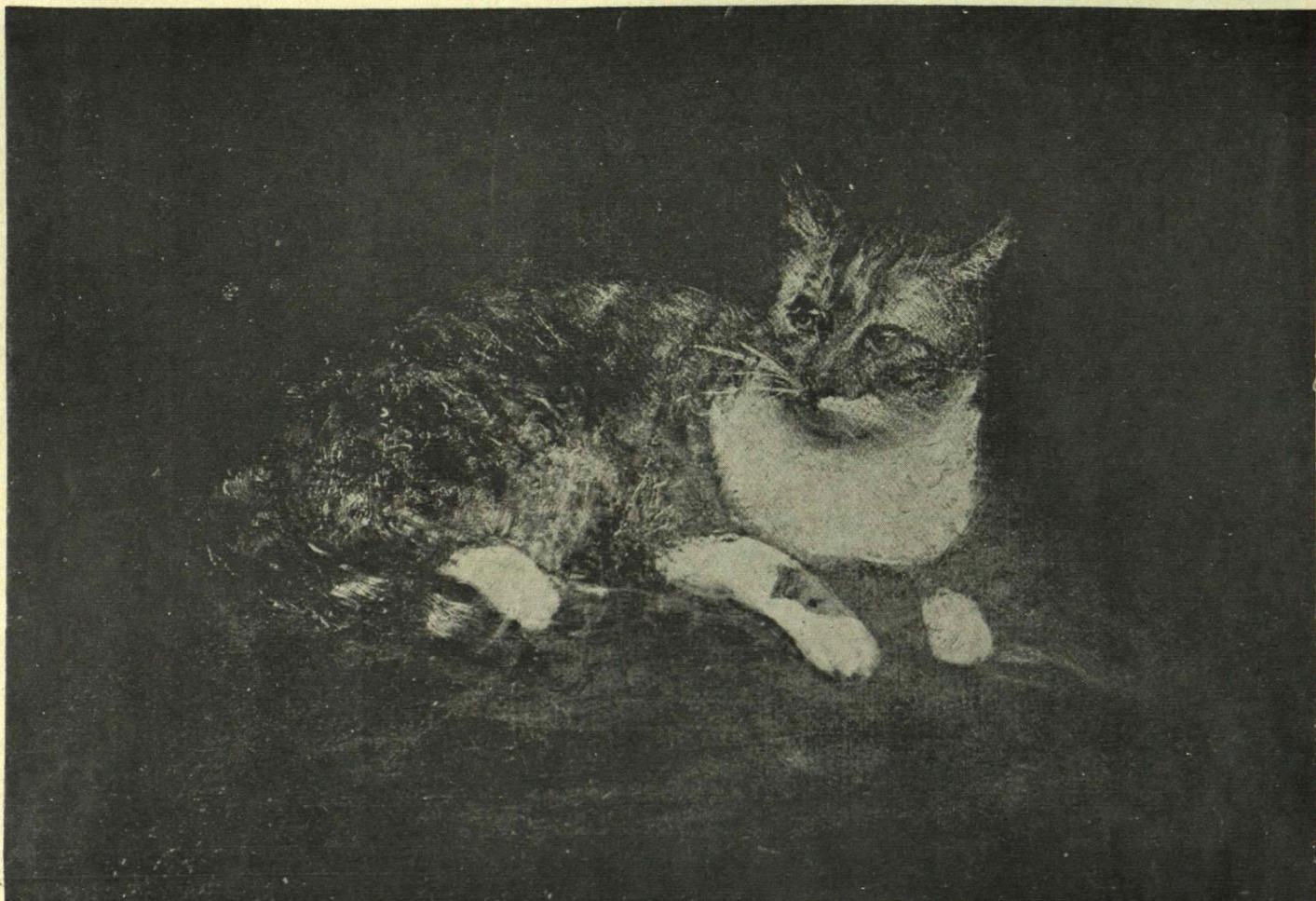
El destierro es París; donde Tulio habría quizás olvidado sus sueños de redentor, en el placer ó en el estudio, si su signo no fuera la desgracia. Belén, con quien se ha casado por poder, muere en la travesía de Venezuela á Francia.

La segunda mitad del libro la llenan las tristezas de la soledad, la peregrinación por muchos países en compañía del recuerdo tenaz y tiránico, el duelo inconsolable de la novia muerta, el viaje en pos del olvido que no se encuentra en parte alguna. Tulio, ahora débil y cobarde, busca en el delirio, en las formas vagas de la alucinación, la imagen de la mujer adorada que desapareció en las aguas del océano. La vista sola

del agua, ya de los mares, ó de los ríos, evoca la forma ideal de la amada. Y ama el agua, que lo atrae, le sonríe, lo aprisiona, y en cuyo fondo irá por fin á besar con el último beso los labios de la novia.... Toda esta parte del libro es un joyel literario.

Entretanto, Diaz Rodriguez nos presenta en París á varios compatriotas, entre los cuales sobresalen dos. Alejandro Martí es un peregrino del arte, cerebro poderoso y corazón de niño, que vive en las regiones serenas de su ideal, sin mancharse nunca la conciencia ni las manos en los tráficos viles de la vida. Su retrato está hecho con delicadísimos toques. Más notable aún es el de don Miguel Borja, á pesar de llenar menos páginas que el del artista. Diríase un simple esbozo, por la concisión y sobriedad que emplea el autor en su pintura. Aparece, sin embargo, de cuerpo entero y hablando, ese hidalgo altivo, amable, distinguido, noble por su corazón, noble por las prendas de su entendimiento, noble en su desgracia, noble en todo,—modelo que existe todavía, por gran fortuna, encumbrándose sobre la multitud de los de corazón villano y alma impura. Viéndole de perfil, muchos lectores caraqueños creerán tal vez reconocerle....

Al autor de *Idolos rotos* se le imputó ya la inclinación á fotografiar personas



CUADRO DE MARTÍN TOVAR Y TOVAR

vivas, con el fin de alimentar una curiosidad malsana. Esa imputación es siempre injusta cuando se refiere á un escritor que no necesita para ser leído rebajen su arte á tales artes. Se han confundido dos cosas diferentes que el autor de *Sangre patricia* sabe muy bien distinguir. La copia de la realidad no constituye por sí sola una obra de arte. El viejo proverbio de Bacon, ó de quien sea, es todavía exacto: *ars homo additus natuæ*. Lo que el novelista copia es siempre menos que lo que él crea. Copia pormenores, una actitud, un gesto, un aire de familia, una manera de hablar, de sentir, de vestirse; pero todos esos materiales se juntan; se compenetran, ó se entrelazan y armonizan para formar un ente ideal y, si es posible, un tipo. Que éste se parezca después á cierta persona vista en la calle ó co-deada en los salones, significa simplemente que, como decíamos al principio, la originalidad absoluta no existe en parte alguna, y que el hombre y la mujer son los mismos así en los salones y en la calle como en el cerebro del artista. El cual, si escribe novelas, aspira siempre á producir la ilusión de

la vida. Al fin y al cabo, qué es una novela? Hombres y mujeres, la sociedad en que viven, la naturaleza que les rodea,—más, la manera de ver, pensar, pintar y describir del autor....

Tulio Arcos, llamado por sus amigos, se decide á volver á la patria, á seguir combatiendo la guerra con la guerra. Pero en el viaje, la obsesión es más fuerte que la voluntad; el agua del océano le atrae, le sonríe, lo aprisiona, en sus ondas cantan las sirenas un dulce epitalamio; y se arroja al océano á buscar en su fondo el alma de la novia.

¿Por qué Díaz Rodríguez no le condujo otra vez á los azares de la guerra, donde hubiera hallado el autor mil ocasiones de pintar, como sabe él pintar, la parte más característica,—y ¡ay! la más triste,—de nuestra vida nacional?

Probablemente porque todo eso lo reserva para otro libro. Si así fuere, no me habré yo equivocado en señalar su tendencia á ahondar en las cosas de la patria, para sacar de allí la obra de arte capaz de conmover nuestros corazones y sacudir nuestras almas.

GIL FORTOUL.

Liverpool, diciembre de 1902.

NUEVA TEORÍA BIOLÓGICA DEL CRIMEN

—
I

Qué es el crimen?

Esta pregunta la han contestado categórica y brevemente los jurisperitos y legistas: el crimen es un acto contrario á las leyes del estado, y penable.

Pero esta definición de forma no satisface, naturalmente, al sociólogo.

El crimen, reducido á sus elementos esenciales, es, en suma, un acto humano semejante á los demás actos humanos, y el sociólogo quiere saber en qué difiere de esos otros actos, por qué lo cometen tales individuos y otros no, cuál es su significación en la psicología individual y en la economía social, cuáles son sus causas ó raíces orgánicas ó exteriores.

La respuesta del legista no proyecta ninguna luz sobre todas estas facetas del problema. La precisión misma de la definición jurídica no es sino una ilusión «El crimen es un acto contrario á la ley» ¿De manera que es únicamente la ley la que hace el crimen? ¿Este no existiría fuera de la ley? ¿Es una creación voluntaria y consciente del legislador? ¿Le da

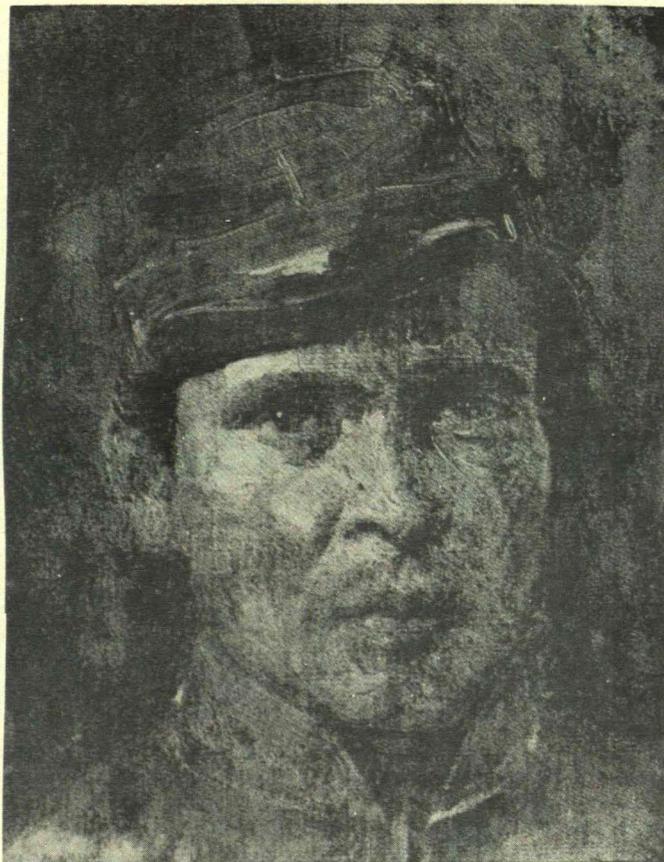
existencia un artículo del código? ¿Lo suprimiría la abolición de este artículo? ¿Está sujeto al arbitrio del legislador?

Para un espíritu superficial, no hay duda de que se pueden contestar afirmativamente todas estas preguntas. La práctica de la justicia criminal prueba que la concepción del crimen es una entidad variable en el tiempo y en el espacio. Lo que es verdad de este lado de los Pirineos, decía Pascal, es un error del lado allá. Así mismo podría decirse que lo que es crimen bajo esta latitud, es acto lícito é impune bajo otra; lo que es crimen hoy es acto normal, acaso virtuoso, ayer ó mañana. Todo depende de la hora y del lugar. Negad la existencia de Dios: ayer, esto era un crimen, por el cual se quemaba vivo á un hombre en la plaza pública. Hoy hay países en donde todavía se pena con prisión esta blasfemia, pero también existen otros en que ella es un título á la diputación. Juzgad irrespetuosamente á un soberano: en ciertos países, se azota en el patio de una prisión por esta licencia de lenguaje y en seguida se deporta al delincuente á algún país remoto, de clima frío. Pasad la frontera, y nadie os considera como á criminal, ni piensa en reprocharos vuestras palabras.

Si descendemos de las regiones de la especulación filosófica y política á más bajas esferas, veremos que el malhechor que roba títulos en Francia y que por ello sería condenado á trabajos forzados, no tiene que hacer sino un viaje-cillo á Inglaterra, para gozar en paz por lo menos el fruto del robo. Así, la concepción del crimen se deshace entre las manos. Sería imposible calificar un acto de criminal antes de saber exactamente dónde y cuándo se ha cometido. No podría clasificarse por su propia naturaleza, sino por las circunstancias exteriores.

Lo que parece justo y correcto al espíritu jurídico, raya en lo absurdo para el biólogo que considera los hechos humanos, los hechos vitales, como anteriores y superiores á los códigos y á las leyes. Sin embargo, existe una escuela filosófica que sin la excusa de la mentalidad especial del legista, acepta la manera de ver jurídica. Por una paradoja extraña y humorística, los anarquistas están de acuerdo con los hombres de la ley para afirmar que es el código el que hace el crimen; y como no le reconocen ningún valor moral al código, go, niegan por lo tanto el crimen. Esto parece de una lógica irrefutable si se acepta la definición del crimen que dan los textos de derecho.

No menos embarazado que el juriscónsulto se halla el teólogo en presencia del fenómeno del crimen. El último tiene un criterio de los hechos que le permite calificarlos sin vacilar: aquellos son buenos ó malos, por consiguiente, virtuosos ó criminales, según que se



Estudio de Martín Tovar y Tovar

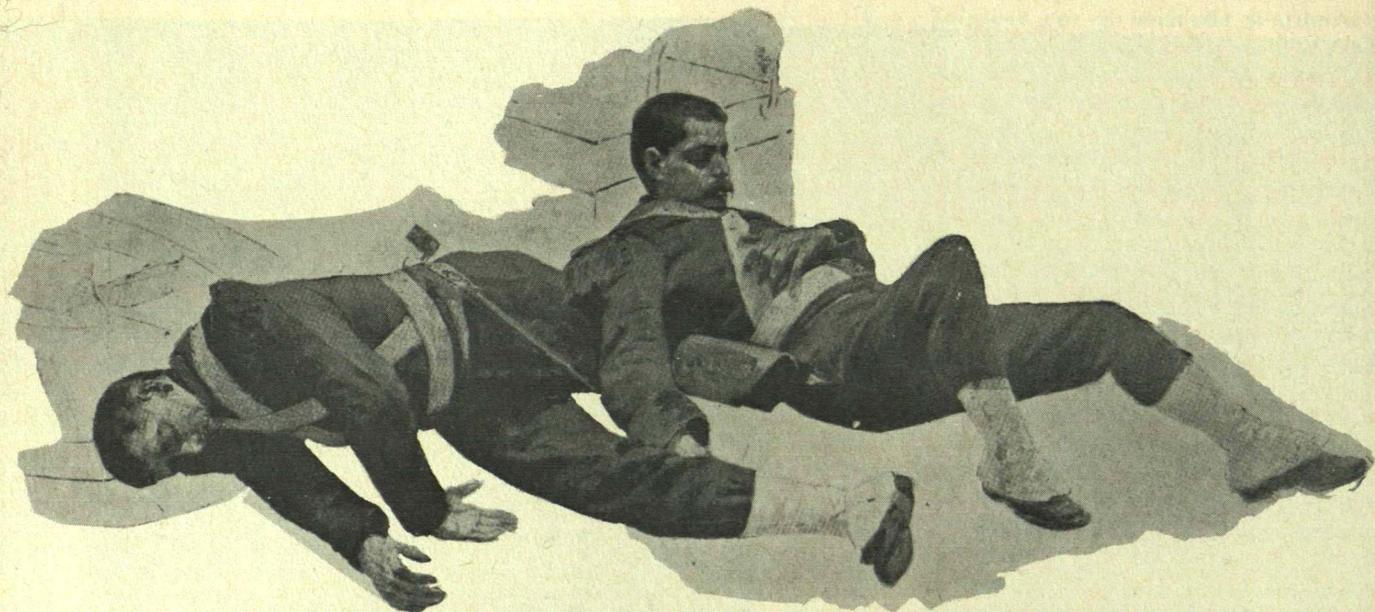
conformen ó no á los preceptos de los textos sagrados. También para él, la base del crimen es un código. Entre el teólogo y el hombre de la ley no hay otra diferencia sino que su código no es humano y no puede modificarse arbitrariamente. Y así como tiene una definición del crimen, el teólogo tiene también una explicación de su etiología: es el diablo, el espíritu maligno el que inspira al hombre los actos contrarios á la ley de Dios. Menciono todo esto como indicación, sobre la que no debo insistir, porque me reconozco absolutamente incompetente en materia teológica.

La ética científica clasifica el crimen junto con lo inmoral y el mal, y según sea espiritualista ó materialista, le busca raíces trascendentes ó immanentes. Para la filosofía evolucionista, que cree hallar la explicación de los hechos humanos en el principio utilitarista, el crimen, caso especial del mal, es el acto que daña á la colectividad. Esta es, evidentemente, una base más sólida que el código ó el mandamiento de Dios, pero todavía insegura; puesto que no existe medida cierta del bien público y puede hacerse mal á la colectividad por ignorancia, por ligereza, por un ardiente altruismo mal comprendido. Serían errores de juicio ó imperfecciones intelectuales, que no podrían llamarse crímenes. La teoría Spen-

ceriana del crimen como acto nocivo á la colectividad, conduce fácilmente á consecuencias paradoxales. Así, un estadista que hiciese mal á su país por una mala política ó por malas leyes sería un criminal, no en el sentido que dan á esta palabra las controversias de la prensa, sino en el sentido preciso, técnico, que reclama juicio criminal. Sería, sin embargo, excesivo asimilar por completo un jefe de partido ó un ministro que hiciese leyes de circunstancia para complacer á sus partidarios ó para creárselos, á un salteador ó á un asesino. Hay en esto una *nuance* de que se ve obligado á darse cuenta aun el moralista más austero.

Pueden hacerse otras objeciones á esta teoría.—¿Quién decide del bien público? ¿Quién establece su fórmula? El reformador cuyas innovaciones, á pesar de ser gloriosamente útiles, no fuesen comprendidas por la ciega multitud y que lo considerase como un enemigo público, ¿sería realmente un criminal? La mayoría, cualquiera que ella sea, ¿tendría el derecho, cuando menos filosófico, para calificar de criminal á toda minoría cuyos actos le parecieran contrarios á su concepción del interés general?—Esto es evidentemente inadmisibile y condena la definición.

Una observación más. La historia co-



Estudio de Martín Tovar y Tovar para su cuadro "Carabobo"

noce casos de sociedades perfectamente organizadas y á veces bastante populosas, creadas y mantenidas únicamente para cometer crímenes colectivos; bien entendido que llamo crímenes á sus empresas, colocándome en nuestro punto de vista. Sociedades semejantes eran, para citar sólo algunos ejemplos, los piratas escandinavos y esclavos de los mares del Norte, que tenían su centro en la ciudad legendaria de Johnsborg, los filibusteros ingleses y españoles del mar Caribe, esparciéndose desde las Antillas por todas las costas de América, los Estados berberiscos de la costa septentrional del Africa; en la antigüedad, probablemente, los primeros colonos del Lacio, etc. Todas esas sociedades vivían exclusivamente del robo, de la rapiña y del asesinato, esto es, de actos que todos los hombres civilizados califican de crímenes. Sin embargo, para ellas no lo eran: el que los cometía, era honrado por sus conciudadanos como un modelo digno de imitación, como un bienhechor público, y con justa razón, puesto que mientras fuese más facineroso en nuestro concepto, más ventajas reportaba al interés general de su sociedad.

Empero, todos convenimos en que el robo, la piratería, el asesinato por rapiña, son crímenes. Una definición que permite declarar licitos y aun laudables estos actos, en ciertas circunstancias, no puede ser justa.

Existe aún otra objeción contra la definición utilitarista del crimen. Si pretende explicar el carácter general de éste, no arroja ninguna luz acerca de su génesis. «El crimen es un acto nocivo á la colectividad». Admitámoslo por un instante; pero, ¿por qué el autor de ese acto lo comete? ¿Por qué hay hombres que

tienen el deseo y el hábito de hacer lo que dañe al prójimo y otros no tienen semejante tendencia? La etiología del crimen nos importa, sin embargo, tanto como el crimen mismo, y nada sabemos de éste si ignoramos sus razones, orgánicas ó accidentales.

La teoría de mi maestro y amigo Lombroso satisface mejor este desideratum. Es una tentativa completa hacia una explicación científica del crimen, no solamente en cuanto á su naturaleza, sino en cuanto á sus causas subjetivas y objetivas. Según esta teoría, el crimen es, para definirlo, en una sola palabra, un atavismo; la reaparición, en medio de nuestra civilización, de hechos que hoy son excepcionales y anormales, pero que eran la norma en el hombre primitivo.

Este sér es un poco hipotético. No lo conocemos; pero podemos tratar de darnos una idea de él según los hallazgos prehistóricos y el estudio del salvaje contemporáneo, por distante que éste se halle ya del estado de bestialidad que debió tener nuestro antepasado de la época terciaria. Los descubrimientos ponen á la luz osamentas que denuncian violencias; en todos los museos antropológicos pueden verse piezas que muestran los efectos de armas primitivas, flechas de sílex, hachas de piedra, etc. Huesos hendidos y calcinados revelan hábitos de canibalismo; esqueletos femeninos, de un tipo craneano y osteológico muy diferente del de los esqueletos masculinos, no dejan duda respecto al uso del raptó y la violencia. Que la mentira ha sido una particularidad del hombre primitivo, lo inferimos de la mentalidad de nuestros niños. En efecto, todo niño es mentiroso, y la educación es la única que, poco á poco, le da hábitos de veracidad, no

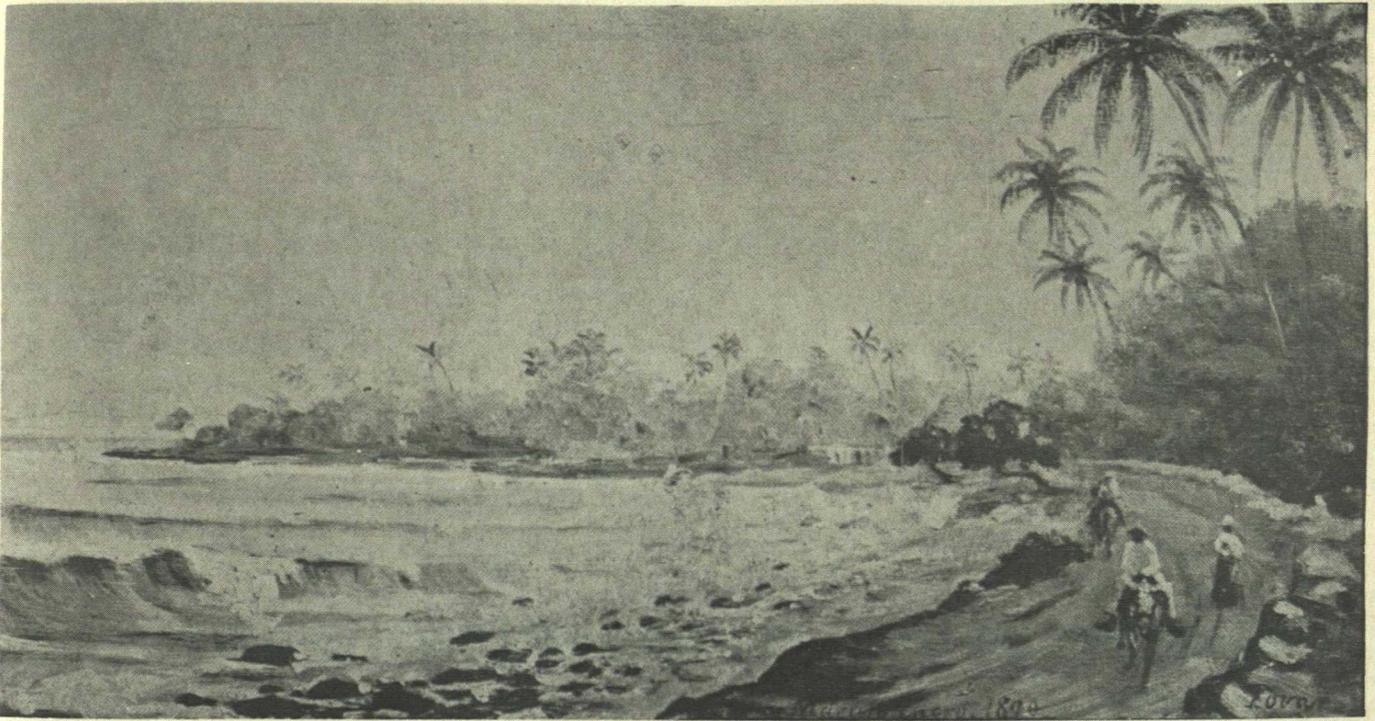
siempre á todos, y en todo caso en grados muy variables. Ahora, según la doctrina biológica del evolucionismo, la ontología, el desarrollo del individuo, imita la filogenia, el desarrollo de la especie; por consiguiente, basta estudiar al niño para conocer la mentalidad de la especie en los principios de su evolución.

Acerca del robo en los tiempos primitivos, no tenemos documentos positivos, pero si las costumbres de los niños, que, ciertamente, no distinguen lo propio de lo ajeno. En cuanto á los salvajes contemporáneos, tienen generalmente costumbres que los harían merecedores de todas las penas del código, si viviesen nuestra vida y entre nosotros. Por consiguiente, nuestro antepasado verdaderamente salvaje, es decir, cuaternario y quizá terciario, era, digámoslo de una vez, un perfecto canalla. Tenía normalmente todos los vicios y cometía de ordinario todos los crímenes, desde la mentira y el hurto hasta el asesinato seguido de antropofagia.

Esta imagen está muy distante de la que nos ha pintado el buen Juan Jacobo Rousseau. El hombre primitivo de Lombroso es la antítesis exacta del de Rousseau, sér bueno y virtuoso, que debía corromper y volver perverso más tarde la deplorable civilización. Es una fiera y el tipo por excelencia antisocial. El criminal es un antepasado retardado y repite, entre nosotros, la imagen del hombre cuaternario, aun del terciario, del niño y del salvaje.

II

Hoy sabemos lo que es el crimen, cuál es el carácter antropológico del criminal y cuál es su lugar en la evolución de la



MACUCO: Paisaje de Martín Tovar y Tovar

especie. Falta preguntar:—Por qué el criminal es un atávico? ¿Por qué hay entre nosotros seres sobre los que nuestra civilización parece no tener influencia y que han conservado la mentalidad de hombres que vivieron hace más de cien mil años? La teoría de Lombroso tiene respuesta para esta pregunta: el criminal es un degenerado y lo característico de la degeneración es, precisamente, el detrimiento del desarrollo. El protoplasma del huevo y del espermatozoide, á veces de ambos, está deteriorado hereditariamente, es de calidad inferior y no puede llegar al último término de su desarrollo natural. De aquí todos los estigmas anatómicos de la degeneración, que son otras tantas fijaciones de estados fetales é infantiles, y una mentalidad en relación con el estado atrasado y por decirlo así, incompleto de la estructura anatómica.

La doctrina de Lombroso me parece inacabable cuando se trata de los hechos: los ha observado fiel y pacientemente y en este terreno tal vez no tenga contradictores competentes y de buena fe. Es indiscutible que los criminales habituales son generalmente degenerados. Abundan las pruebas anatómicas de esta proposición: todos los estigmas de la degeneración se hallan en número incomparablemente superior en los reclusos en los presidios que entre las gentes sin antecedentes judiciales y que pertenecen á la misma raza y á la misma capa social. Entre éstas puede haber también criminales habituales sin estigmas de degeneración; pero el caso es

ciertamente muy raro. Puede haber también quienes lleven el estigma sin ser criminales: esto prueba únicamente que al lado del factor individual de naturaleza biológica, entra también en el crimen un factor social y que un degenerado de tendencia criminal puede perfectamente no cometer jamás un crimen, bien porque haya nacido y vive en un medio en donde no ve el ejemplo ni sufre la sugestión del crimen, bien porque es rico y no puede obtener del crimen ninguna satisfacción que no sepa procurarse legítimamente con su dinero.

Por otra parte, los buenos observadores y los intuitivos han presentado siempre la doctrina anatómica de Lombroso y conocido el tipo del degenerado criminal. Pseudo-sabios lo niegan todavía, pero en los cuadros de los maestros antiguos lo vemos fielmente reproducido. Los malvados, los verdugos, los patibularios, tienen todos el tipo del criminal nato de Lombroso. Los artistas lo habían encontrado empíricamente. Se me dirá que los pintores han encarnado el mal simplemente en figuras feas; pero, biológicamente, lo feo no es sino lo atípico, puesto que nuestro ideal de belleza es el perfeccionamiento del tipo medio de nuestra raza ó especie, y sentimos que es feo todo lo que se aleja de este tipo.

Constantemente, pues, el criminal habitual es, por regla general, un degenerado, aunque por excepción puede ser también víctima de su ambiente. La degeneración, por su parte, tiene por carácter esencial una inferioridad biológica,

que se manifiesta principalmente en la incapacidad del organismo afectado de la imposibilidad de alcanzar los grados superiores del desarrollo típico. La concatenación lógica de la doctrina de Lombroso es, pues, esta: el criminal habitual es un degenerado; el degenerado es un organismo inferior que, por debilidad hereditaria, es incapaz de desarrollarse plenamente y sufre múltiples detenciones de desarrollo.

Hasta aquí sigo por completo á mi maestro y amigo y me parece difícil no seguirlo; pero nuestros caminos se separan cuando llegamos á la interpretación de los hechos. Para Lombroso, el criminal, siendo un débil detenido en su desarrollo, es un atávico; en esto hay un hiato en su lógica: en efecto, toda detención de desarrollo no es necesariamente un atavismo.

No debe perderse de vista la definición de estos dos términos en biología.

La detención del desarrollo es la interrupción de éste en un punto que no es el final de la evolución: este punto puede corresponder á una estación que había sido en un momento dado un término y que se ha hecho intermedio por haberlo pasado la evolución en su marcha. En este caso hay atavismo.

Pero la detención puede producirse también en un punto que nunca ha sido final, que no ha sido jamás un término, y en este caso no hay atavismo, sino malformación y «emplastamiento» teratológico.

Como este es el punto al rededor del cual gira todo cuanto me resta por decir,

querría estar absolutamente seguro de ser comprendido y me permito insistir y hacer mi pensamiento tan claro como sea posible, á riesgo de fastidiar.

Figurémonos un tren de ferrocarril cuya máquina haya sufrido una avería ó vaya insuficientemente provista de agua ó de combustible. El tren no llegará á su destino; pero puede detenerse en el camino, en alguna pequeña estación en donde encuentre viveres y un abrigo, en donde pueda permanecer algún tiempo sin demasiadas privaciones, ó puedan los pasajeros procurarse un carruaje para continuar el viaje, aunque sea lentamente y en peores condiciones. También puede detenerse averiada en plena vía, lejos de toda habitación humana: aquí no tendrá ningún recurso y la situación de los viajeros será más penosa. En fin, el tren puede descarrilar, y tener este accidente consecuencias más ó menos desastrosas.

Si es cierto que la ontogenia repite sucesivamente la filogenia, ó dicho de otro modo, si el individuo recorre en compendio la evolución de su especie, el desarrollo fetal pasa por fases sucesivas, de las que cada una representa un tipo determinado y originariamente viable. El feto humano es primero zoosporo monocelular, después gusano, más tarde organismo prevertebral, etc. Cada uno de estos tipos sucesivos, el zoosporo, el gusano, el sér prevertebral, etc., ha sido, en un momento dado de la historia de la vida sobre la tierra, un último término, la más alta forma de la vida existente entonces. Si el desarrollo embriológico se detiene en una de estas fases, en el zoosporo, en el gusano, etc., hay atavismo. Pero, entre cada una de esas fases bien definidas, hay un trecho de camino que recorrer, que es simplemente la transición de una faz á la otra, pero que no corresponde á ningún sér completo en su género, ni que ha sido en ninguna época término final, remate de la evolución. Si el desarrollo se detiene en uno de esos espacios de camino, entre dos fases definidas, hay formación caótica, amorfismo, lo que de ninguna manera es idéntico al atavismo. O, para volver á mi imagen: hay detención del tren en plena vía ó quizá descarrilamiento, pero no estación forzosa antes del lugar de destino.

Para Lombroso, la detención de desarrollo incontestable, que representa el criminal habitual, es atavismo. Esto es lo que yo no creo probado: para mí es amorfismo, puesto que no se produce en una faz que corresponda á un tipo ancestral conocido ó probable y admisible. El concepto del hombre primitivo como criminal espontáneo, inconsciente, no podría defenderse; lo que sabemos del hombre salvaje y del niño excluye semejante idea. El niño tiene instintos sociales; llora cuando está solo y se calma

cuando se le hace compañía; es egoísta; pero capaz de pequeños sacrificios y de rasgos de altruismo espontáneos. El salvaje es evidentemente un sér impulsivo cuyo aparato psíquico de inhibición es muy rudimentario y que á causa de esta imperfección orgánica es el esclavo de sus instintos, pero de ninguna manera el ser antisocial de que es tipo, por definición, el criminal habitual. Por el contrario, es mucho más social, mucho más *zoompolitikon*, que el hombre civilizado, estando tan distante de éste. Es, por excelencia, el animal gregario y evita cuidadosamente todo lo que pueda desagradar al rebaño de que forma parte. El salvaje no es individualista ni anarquista; es rígidamente tradicionalista y está ciegamente sometido á la opinión pública de su tribu. En estas condiciones es imposible que sea un criminal habitual: no podría cometer ningún daño contra otro individuo de la tribu sin ser castigado por ésta; si reincide, está seguro de que lo matan ó lo expulsan, lo que para un salvaje equivale á la condenación á muerte. En su tribu no es ni ladrón ni asesino; se hace en presencia del extranjero, término que para él significa enemigo: en esta, como en muchas otras cosas, nosotros, civilizados, casi no nos distinguimos del salvaje. No nos creemos obligados á la probidad, á la honestidad, á los miramientos de toda especie, sino con respecto á nuestros compatriotas; pero robamos y matamos sin escrúpulos, á los extranjeros que llamamos enemigos. La única diferencia me parece la siguiente: el civilizado se atiene á una formalidad, llamada declaración de guerra, antes de robar, asesinar y cometer todos los crímenes en general, mientras que el salvaje no observa este «protocolo» antes de matar y pillar á los que no son de su tribu.

El salvaje no es, pues, un criminal. Es, al contrario, un sér profundamente, supersticiosamente respetuoso de las costumbres y hábitos de su medio.

No sería aventurado hacer la misma apreciación con respecto al hombre primitivo. Seguramente, éste no ha vivido solitario; desde el principio ha sido un ente social, y todo cuanto acabo de decir del salvaje puede aplicársele. El criminal, en el seno de la civilización, sí es un antisocial: no respeta ninguna tradición, no se somete á la opinión pública, salvo, quizá, con respecto á otros malhechores: no distingue entre los suyos y los enemigos, puesto que, en contra del proverbio, los ladrones se roban perfectamente unos á otros. Luego, el criminal no es un salvaje ni un primitivo en medio de la civilización; luego, el crimen no es un atavismo.

III

Me he esforzado por demostrar la insuficiencia de las diferentes definiciones

conocidas, aun las más científicas, de crimen. Réstame dar ahora la mía.

Para mí, *el crimen es un parasitismo humano*. Aquí reside la esencia verdadera de todo hábito criminal. Ella es de carácter parasitario: esto la caracteriza y la define.

Hay el derecho de preguntárseme qué entiendo yo por *parasitismo*.

El sentido biológico de la palabra no es dudoso y no necesita explicación. Se llaman parásitos los animales y las plantas que viven habitualmente sobre ó en otro sér viviente, planta ó animal de otra especie que la suya, y que no son capaces de existir sin su huésped involuntario, sin prestarle ningún servicio, sino, al contrario, perjudicándolo.

Cada uno de los términos de esta definición tiene su importancia. Es preciso que un sér viviente responda á todos ellos para que pueda considerársele como un verdadero parásito. No lo es, si no vive habitual y necesariamente, sino accidental ó temporalmente, á expensas de un huésped, si este huésped no es de otra especie que él, si recibe un servicio cualquiera, si puede pasarse sin él y vivir por su propio esfuerzo.

Por otra parte, la palabra, á pesar de su claro sentido, no delimita en términos precisos y exclusivos un fenómeno natural, puesto que la naturaleza misma carece de delimitaciones absolutas. En efecto, viendo las cosas de cerca, observaremos que toda vida diferenciada, un tanto superior, es parasitismo. Apenas algunos organismos monocelulares son capaces de vivir con sólo las materias primordiales que la naturaleza inorgánica pone á su disposición y formar, con los elementos mismos, los gases de la atmósfera, el agua, los minerales de la tierra, las combinaciones químicas que componen su protoplasma y mantienen su vida. Todas las otras organizaciones, sin excepción viven á costa de otros organismos anteriores; las plantas se nutren de materiales elaborados por otras plantas ó por animales; los animales comen plantas ó animales: es puramente convencional llamar parásitos á la *Rafflesia* ó al *Lofofito* que viven únicamente sobre plantas tropicales y no llamar del mismo modo á los Hongos, que no pueden nutrirse sino de materias animales ó vegetales en descomposición; llamar parásitos á la tenia ó á la bilharzia que viven en un animal y no llamar así mismo á los grandes carnívoros, como el león, ó á los pequeños como el sfox, que matan rápida ó lentamente á un animal para comérselo. Por necesidad humana de clasificación empleamos el término de parásito cuando el organismo explotador es más pequeño ó más débil que el huésped explotado, y no hablamos de parasitismo cuando se trata de la toma de posesión brutal, violenta, de uno más pequeño ó más débil por otro mejor ar-



MACUTO: Paisaje de Martín Tovar y Tovar.

mado. La naturaleza misma no conoce esta distinción.

Cuando yo hablo, pues, del parasitismo humano, no empleo esta palabra en un sentido puramente biológico, sino un poco por analogía. La condición de existencia natural, normal, del hombre, como la de todas las especies animales un poco superiores, es extraer su subsistencia de la naturaleza, fuera de su propia especie. Los lobos no se comen entre sí, dice el proverbio, lo cual expresa una verdadera ley biológica. Son muy raras las especies en las cuales se observa el canibalismo, sino como una aberración excepcional y visiblemente patológica.

El hombre no es canibal por naturaleza. En estado salvaje, no lo es jamás en su propia tribu, aunque acontezca que se come a sus parientes muertos. La antropofagia se ejerce únicamente sobre el enemigo, al que, por una ficción oportuna, se considera como no congénere, como no haciendo parte de la misma especie. El hombre aprovecha los recursos animales y vegetales que le ofrece la naturaleza. Trabaja él mismo por su vida, no la pide a su prójimo, salvo a su mujer, que en el estado de naturaleza trabaja para él, lo cual constituye el primer ejemplo de explotación del hombre por el hombre y acaso la primera indicación de una tendencia criminal.

A medida que la civilización avanza y que el hombre se aleja de su condición primitiva, sus relaciones con la naturaleza y con los otros hombres se complican: ya no puede pedir su subsistencia, en todas las circunstancias, a la naturaleza misma: ésta se halla confiscada por ocupantes que la monopolizan en su provecho: los que no poseen ni tierra ni agua, no pueden procurarse víveres sino de segunda mano, de los poseedores de la tierra y de sus recursos naturales. En esta faz de la civilización comienza la división del trabajo: los hombres se organizan económicamente: la producción se diferencia y se especializa: la familia, la tribu, la nación, la especie toda entera, se convierte en una sociedad cooperativa en la que cada miembro trabaja para todos y obtiene a su vez del producto común con que satisfacer sus necesidades. Los hombres dependen unos de otros, viven unos de otros, los poseedores del suelo un poco menos, los desprendidos del suelo un poco más.

Sin embargo, estas relaciones no constituyen un parasitismo, puesto que hay cooperación, hay mutualismo. Es la ley del «dando y dando»: lo que se pide al prójimo se le paga en un valor convencionalmente igual. El parasitismo comienza solamente cuando, en esta sociedad cooperativa, aparecen hombres que

quieren tomar sin dar nada que arrebatan a otro, sin su consentimiento, el fruto de su esfuerzo, sin compensárselo, que tratan, en una palabra, a los otros hombres como una materia prima de la cual derivan la satisfacción de sus necesidades y de sus apetitos de todo género. Los que caen en ese parasitismo son justamente los criminales.

Este es el punto en que mi teoría se aparta un poco de la doctrina de mi maestro y amigo Lombroso. Para él, la condición primitiva del hombre es el crimen; la aparición del crimen en la civilización, es, pues, atavismo. Yo no creo que el hombre, en su origen, haya sido un criminal, es decir, un parásito, demostrando, al contrario, que el parasitismo es un epifenómeno de la civilización y que no se encuentra sino en las sociedades organizadas. Por consiguiente, el crimen no es un atavismo, sino un fenómeno nuevo, relativamente tardío, un síntoma de enfermedad individual y social, el indicio de una condición patológica de una sociedad diferenciada.

IV

Llegamos a esta cuestión esencial:— ¿Por qué los hombres se hacen parásitos? Siendo su estado normal vivir sobre la naturaleza, ó, en una civilización más avanzada, vivir de un trabajo útil a sus

semejantes, apreciado por él, y pagado voluntariamente con el producto de su propio esfuerzo, ¿cómo es que en un momento dado ciertos hombres cambian de naturaleza, salen del principio general de la reciprocidad, se sublevaron contra la ley económica del cambio y se dan á vivir como parásitos sobre los otros hombres? En este punto me encuentro de nuevo con Lombroso. El parasitismo es un fenómeno de degeneración. El degenerado es un débil, y en virtud de la ley del menor esfuerzo, trata de explotar al prójimo en lugar de vivir con él sobre la base de los cambios equivalentes, porque aquello le es más fácil.

Naturalmente, el mecanismo de la transformación del hombre social en un parásito antisocial es un poco más complicado que lo que parece en esta frase. La debilidad del degenerado es en realidad una consecuencia y un solo aspecto de su inferioridad orgánica general. Su substancia nerviosa es obtusa; él mismo es poco sensible, á veces insensible á las impresiones materiales, y esta anestesia tiene como corolario una insensibilidad moral análoga. Su capacidad de inhibición es muy pequeña ó nula: le es, pues, imposible resistir á sus impulsos ó apetitos. Sus centros nerviosos se agotan pronto: es, pues, incapaz de un esfuerzo regular, durable y metódico. Estas tres condiciones psicológicas llevan necesariamente al parasitismo, es decir, al crimen: su insensibilidad lo hace indiferente á las desazones ó sufrimientos que ocasione al prójimo; su débil capacidad de inhibición le impide resistir á sus deseos y satisfacerlos solamente en las condiciones establecidas por las leyes y costumbres del medio; el agotamiento rápido de sus centros nerviosos es un obstáculo absoluto á todo trabajo continuo, único medio de procurarse de una manera legítima las satisfacciones deseadas. Cuando un primer hecho de parasitismo humano le demuestra al degenerado cuanto es para él mucho más fácil y más agradable el parasitismo que el esfuerzo del cambio recíproco, pronto adquiere el hábito y se hace un criminal profesional.

El hombre no tiene el privilegio de esta transformación del trabajador autónomo en parásito. Del mismo modo se la encuentra en el reino animal: Dejo á un lado el hecho de que todos los parásitos han debido ser originariamente especies autóritas; me refiero solamente á un verdadero cambio de costumbres que se opera casi á nuestra vista. Hay abejas que comienzan su vida como laboriosas obreras; luego, un buen día, ó un mal día de escasez, encuentran en su camino una colmena ajena bien provista de miel y se dan á pillarla: ya están perdidas para el trabajo, y permanecen hasta el fin de sus días ladronas y vagabundas. Se convencen por experiencia que es más cómodo robar que trabajar, y prefieren

lo que les es más fácil. Pronto pierden hasta sus instrumentos de trabajo, las escobillas de sus patas que servían para recoger el polen en el interior de las flores; y entonces todo regreso á la virtud es imposible. Están condenadas á permanecer criminales.

Mi definición del crimen como parasitismo humano es, lo creo, bastante amplia para contener toda la verdad y riqueza del fenómeno que estudiamos. Deja al crimen su carácter natural y su puesto en el cuadro biológico general.

El crimen es como la enfermedad: mientras se creyó que esta era una cosa esencialmente distinta de la salud, lo contrario real de la salud, hubo total incapacidad para comprender la naturaleza; no se llegó á ello sino cuando se tuvo la persuasión de que la enfermedad y la salud son aspectos diferentes de una sola y misma cosa: de la vida; que las mismas leyes rigen á la una y á la otra, y que de la una se pasa á la otra por transiciones de tal manera insensibles, que no es posible indicar el punto preciso en que cesa una y comienza la otra.

Así mismo, el crimen no es una cosa que pueda rigidamente oponerse á la virtud, ó digamos solamente á la corrección, como su contrario netamente definido. Una cadena continua de formas intermedias conduce del hombre honrado al criminal profesional. El germen del crimen existe en todos los humanos, solamente que no se desarrolla en todos. El santo y el pecador tienen los mismos deseos, el uno tímidamente, el otro imperiosamente; el uno es bastante fuerte para resistir á ellos, el otro no lo es. Además, hay grados en el parasitismo, como los hay en todos los procesos biológicos: en la intensidad de los fenómenos vitales, en la enfermedad, en la degeneración. Esta gradación es admitida aun por el jurista formalista que no le reconoce al crimen un carácter biológico anterior á toda definición legal, puesto que lo divide en crímenes y delitos y establece la proporción de las penas según su gravedad.

Pero nosotros podemos ir más lejos que el legista y perseguir al crimen mucho más allá del punto que conoce la justicia oficial y en donde lo hace punible. Los comienzos del parasitismo se observan en la vida que debemos llamar normal. La tentación de inclinarnos á él, de caer en él, es grande en todas las circunstancias y en todos los grados de la civilización, bajo el imperio universal é inexorable de la ley del menor esfuerzo. El fuerte, consciente de su superioridad, llega fácilmente á encontrar más cómodo la explotación de los más débiles que la lucha contra las fuerzas de la naturaleza. Esta lucha, que es el verdadero contenido y el objeto de la vida humana, exige, en efecto, una labor de observación, de adaptación, de defensa de todos

los instantes, mientras que un acto de violencia, ejecutado una sola vez, ó al menos repetido á largos intervalos, basta para dar á su autor prestigio ante los débiles, para mantener á éstos en el temor, ó para asegurar al poderoso los beneficios de una dominación sin nuevo gasto de fuerza. Esto coloca á las gentes excepcionalmente fuertes, pero desprovistas de sensibilidad, en la categoría de parásitos, á lo menos virtuales, y reduce la historia de los conquistadores, de los tiranos, de los dictadores sociales, de los terroristas políticos y financieros, auténticamente, científicamente, á toda una criminología. Observad á esos prepotentes, comenzando de alto abajo, desde las testas coronadas hasta los Brummels de los salones frívolos: les descubriréis la misma fisonomía moral, puesto que son de la misma familia, y tienen todos el mismo deseo de exigir de otro la satisfacción de sus diversos apetitos, sin la menor reciprocidad; todos tienen principios parasitarios y todos son criminales en diversos grados.

La civilización multiplica y hace más intensas las tentaciones del parasitismo y ofrece al mismo tiempo terribles facilidades para la explotación parasitaria de los otros hombres. En efecto, la civilización es sinónimo de la división del trabajo, de industrialismo, de abandono de los campos y de las ocupaciones primitivas, del desarrollo de las ciudades. La gran mayoría de los hombres no solicita ya del suelo sus alimentos y del cambio la satisfacción de sus necesidades de lujo. Produce valores materiales y morales que cambia por otros valores. Ya no es autórita, es mutualista. Ahora, es muy delicado dosificar los valores, permanecer escrupulosamente equitativo en el cambio. El hombre pasablemente honrado tendrá siempre cierta tendencia á exagerar el valor de lo que da, á desprejiciarlo lo que recibe en cambio, á querer obtener más del justo precio de su esfuerzo, á aprovecharse indebidamente de la incompetencia ó de la necesidad urgente de su prójimo. Desde el momento en que no vive sobre la naturaleza, sino sobre el hombre, es terriblemente fácil la transición de la cooperación al parasitismo, primero tímida, accidental y mitigada, luego frecuente y audaz, por fin, habitual, exclusiva y feroz. Los antiguos tenían la intuición de este síndrome de hechos, haciendo de su Hermes el dios de los comerciantes y al propio tiempo de los ladrones; sabemos que el tráfico era al principio un equivalente de la piratería y que cada productor hacia misterio de sus procedimientos técnicos, para hacer imposible al profano una apreciación exacta del valor de los materiales y del trabajo. Y esto no ha cambiado desde la antigüedad: Hermes ha ejercido siempre su doble función. Hoy acumula más que nunca. El gran acaparador, el

especulador sin escrúpulo, el proteccionista que abusa de su poder político para imponer al pueblo derechos aduaneros que enriquezcan á una minoría á expensas de la mayoría, son formas á veces atenuadas, á veces exageradas, del pirata de antaño y del ladrón de todos los tiempos, aunque el legista no siempre quiera admitir esta asimilación. Todos son parásitos, luego todos son criminales.

v

Llego á las conclusiones.

Mi definición del crimen como un parasitismo del hombre sobre el hombre, me parece que da cuenta del fenómeno, explica su etiología y le asigna un lugar, tanto en la psicología y en la biología general del individuo, como en la sociología. Biológicamente podemos, de una manera legítima, aun debemos, hacer una distinción absoluta entre un acto pasional, perjudicial á otro, y el crimen propiamente dicho. Lo que debe hacer imposible la confusión de estos dos órdenes de hechos, semejantes sólo en apariencia, es que el pasional no saca ningún provecho personal de su acto de violencia, excepto el escape de una tensión excepcional de su sistema nervioso, mientras que el criminal parasitario comete su acto á sangre fría, únicamente en vista de una ventaja ó de una satisfacción personal cualquiera. El gran agente universal del crimen es la ley del menor esfuerzo. Es esta ley la que transforma en parásito, es decir, en criminal habitual, tanto al hércules primitivo, que ve temblar ante su maza la turba laboriosa, como al degenerado débil, hijo de una civilización avanzada, que se siente impotente para trabajar en su puesto en la cuadrilla universal.

Ahora falta por explorar el terreno que cubre mi definición. En esto solamente indicaré algunos puntos.

El criminal habitual por debilidad es para mí un *minus habens*, por consiguiente, un enfermo. Peligroso, sí, pero un enfermo. El crimen accidental, sobre todo pasional, es una tempestad psíquica, desastrosa evidentemente, como una granizada ó un terremoto, pero inherente por desgracia á la naturaleza humana y á la cual no se podrá jamás oponer sino el esfuerzo lento y constante de una educación que tenga por objeto cambiar en la medida de lo posible esta naturaleza, desarrollando nuestra fuerza de inhibición.

El verdadero crimen imperdonable, perfectamente evitable y que debe ser combatido sin tregua y sin misericordia, el caso típico del parasitismo humano por hábito cómodo, no por necesidad orgánica, es la explotación social. Y el gran remedio de este orden de criminalidad sería una organización de la sociedad que hiciese la cooperación perfecta, que

no permitiese la indelicadeza en los cambios, que impidiese el abuso de la superioridad del fuerte y asegurase al débil el minimum de bienes indispensable á la existencia.

La doctrina que tiende hacia la realización de este ideal se llama el socialismo.

DR. MAX NORDAU.

NEGRA DAMA

En un album.

Á los efectos mágicos que vuestra faz inspira
Resuenen armoniosas las cuerdas de mi lira;
Y en sus galantes rimas el verso triunfador,
Salude reverente las opulentas galas
Que la rosada Venus y la severa Palas
Os dieron como ofrenda de olimpico esplendor!

La noche tenebrosa prestó á vuestros cabellos
Su negro más profundo; y á vuestros ojos bellos
El almo sol empiere su lumbre celestial;
La flor os dió perfumes; y soberano porte
La herencia peregrina de alguna regia corte.....
Herencia que revive de vuestro chic triunfal.

El negro hermoso y puro de vuestro negro traje,
Luciente como un ave de espléndido plumaje;
El negro intacto y ágil, el negro brillador
De un ojo circuido de nácares y rosas;
El negro de unas trenzas crespadas y sedosas,
Es negro que ilumina la ruta del amor!

En negro tan radiante mi musa ya se inspira,
Y vibran armoniosas las cuerdas de mi lira;
Y en sus galantes rimas el verso triunfador,
Saluda reverente las opulentas galas
Que la rosada Venus y la severa Palas
Os dieron como ofrenda de olimpico esplendor!

J. M. GALINDEZ.

AL SUEÑO

EL HIMNO DEL DESGRACIADO

El grande y el pequeño
Iguales son lo que les dura el sueño.

Desciende á mí, consolador Morfeo,
Unico dios que imploro,
Antes que muera el esplendor febeo
Sobre las playas del adusto moro.

Y en tu regazo el importuno día
Me encuentre aletargado,
Cuando triunfante de la niebla umbría
Asciende al trono del cenit dorado.

Pierda en la noche y pierda en la mañana
Tu calma silenciosa
Aquel feliz, que en lecho de oro y grana
Estrecha al seno la adorada esposa.

Y el que halagado con los dulces dones
De Pluto y de Citeres,
Las que á la tarde fueron ilusiones,
A la aurora verá ciertos placeres.

No halle jamás la matutina estrella
En tus brazos rendido
Al que bebió en los labios de su bella
El suspiro de amor correspondido.

¡ Ah ! déjalos que gocen. Tu presencia
No turbe su contento;
Que es perpetua delicia su existencia,
Y un siglo de placer cada momento.

Para ellos nace el orbe colorando
La sonrosada aurora,
Y el ave sus amores va cantando,
Y la copa de Abril derrama Flora.

Para ellos tiende su brillante velo
La noche sosegada,
Y de trémula luz esmalta el cielo,
Y da al amor la sombra deseada.

Si el tiempo del placer para el dichoso
Huye en veloz carrera,
Une con breve y rápido reposo
Las dichas que ha gozado á las que espera.

Mas ¡ ay ! á un alma de dolor guardada,
Desciende ya propicio;
Cuanto me quites de la odiosa vida,
Me quitarás de mi inmortal suplicio.

¿ De qué me sirve el súbito alborozo
Que á la aurora resuena,
Si al despertar el mundo para el gozo,
Sólo despierto yo para la pena ?

¿ De qué el ave canora, ó la verdura
Del prado que florece,
Si mis ojos no miran su hermosura,
Y el universo para mí enmudece ?

El ámbar de la vega, el blando ruido
Con que el raudal se lanza,
¿ Qué son ; ay ! para el triste que ha perdido.
Ultimo bien del hombre, la esperanza ?

Girará en vano, cuando el sol se ausente,
La esfera luminosa;
En vano de almas tiernas confidente,
Los campos bañará la luna hermosa.

Esa blanda tristeza que derrama
A un pecho enamorado,
Si su tranquila amortiguada llama
Resbala por las faldas del collado,

No es para un corazón de quien ha huído
La ilusión lisonjera,
Cuando pidió, del desengaño herido,
Su triste antorcha á la razón severa.

Corta el hilo á mi acerba desventura,
Oh, tú, sueño piadoso,
Que aquellas horas que tu imperio dura,
Se iguala el infeliz con el dichoso.

Ignorada de sí yace mi mente,
Y muerto mi sentido;
Empapa el ramo, para herir mi frente,
En las tranquilas aguas del olvido.

De la tumba me iguale tu befeño
A la ceniza yerta,
Sólo ; ay de mí ! que del eterno sueño,
Más felice que yo nunca despierta.

Ni avien mi existencia interrumpida
Fantasmas voladores,
Ni los sucesos de mi amarga vida
Con tus pinceles lánguidos colores.

No me acuerdes cruel de mi tormento
La triste imagen fiera;
Bástale su malicia al pensamiento,
Sin darle tú el puñal para que hiera.

Ni me halagues con pérfidos placeres,
Que volarán contigo;
Y el dolor de perderlos cuando huyeres,
De atreverme á gozar será el castigo.

Deslízate callado, y encadena
Mi ardiente fantasía,
Que asaz libre será para la pena,
Cuando me entregues á la luz del día.

Ven, termina la mísera querrela
De un pecho acongojado.
¡ Imagen de la muerte ! después de ella,
Eres el bien mayor del desgraciado.

ALBERTO LISTA.



la hora en que damos estas líneas a la imprenta, continúan las negociaciones diplomáticas tendentes a solucionar el actual conflicto entre nuestro país y los gobiernos de Alemania, Inglaterra é Italia.

Los informes concretos y detallados, respecto a todos los incidentes del proceso, nos los trasmiten diariamente las agencias noticiosas de Europa y los Estados Unidos; y en este estado, siendo imposible prever las contingencias del asunto, nuestras consideraciones de esta hora a que escribimos, no pueden sino referirse al aspecto general de la cuestión.

Subsiste desde hace más de un mes, el bloqueo de nuestras costas de las Antillas y de las Bocas del Orinoco; así como la actitud y la conducta, aún incomprensibles para los escritores de Derecho Público europeos, de los comandantes de las escuadras combinadas, las cuales, de improviso y cuando menos debe esperarse de los reiterados avisos de arreglo de la cuestión, provocan ó llevan a efecto algún nuevo incidente agresivo, fuera de toda regla y en violación de los principios universalmente reconocidos para los casos de guerra internacional, y aun para el simple estado de coersión.

Medidas excepcionales interrumpen a diario la rigidez requerida del bloqueo que tan extrañamente han declarado y calificado de «pacífico» las naciones aliadas, hallándonos en una situación, si indefinida en Derecho, incontestablemente vejatoria de todos los fueros.

Sin duda en esta litis existen derechos lesionados, como tiene que ser de la naturaleza de todo debate de intereses, y acaso no es el gobierno de nuestra República quien pretenda crearse la situación insólita de una perfecta posesión de justicia, que sería caso único en los siglos y en las naciones; pero es incontestable y evidente que en derecho existen múltiples medios de recabar lo que demanden la equidad y la razón; medios compatibles con la seguridad y la salvaguardia de los mismos intereses que han servido de pretexto contra Venezuela a las naciones que nos atacan, en un asalto inconcebible, tratándose de países cuyos gobiernos saben como debe ejercerse el derecho y como debe reivindicarse la justicia entre naciones cultas y civilizadas.

¿Qué suerte está corriendo el honor de esas naciones, en esta situación inexcusable de alianza omnipotente contra un país, ciertamente habitado por una raza altiva y heroica, pero inerme, quebrantado por incesantes desgracias domésticas y que se ha preocupado siempre por ganar el más amplio concepto de generosidad, de hidalguía y de esplendidez hospitalaria, en el movimiento de nobles emulaciones de todos los pueblos del orbe? La civilización, la conciencia ilustrada y el decoro público, en concierto, proclaman que no es honorable, que no existe enaltecimiento, y que nada de satisfactorio ni nada de brillante tendría la victoria de tres de las primeras potencias del mundo, en conjuración armipotente contra un pueblo al que, por su propia situación actual, le basta con lo que han hecho hasta ahora sus hijos,—manifestando su patriotismo por todos los medios de expresión pública.

Intereses aún no ventilados satisfactoriamente entre esas naciones y otras no menos poderosas que ellas en

Europa; viejas inquinas, que por cualquiera futeleza reviven a diario en medio de la etiqueta de las Cancillerías y entre las cortesías protocolares de las fronteras; viejas heridas, aún no cicatrizadas, en la honra misma de países que tienen buena memoria para las *revanchas*; y más que todo, el campo que piden con urgencia las expansiones de los intereses comerciales y de toda otra especie de otras potencias, que saben velar tan celosamente por sus súbditos y ciudadanos como las aliadas actuales, tal vez no esperen otra oportunidad mejor que la guerra con Venezuela, para solicitar entre las peripecias y aspectos de la lucha, ventajas y motivos para su mejor provecho. Por el lado de Occidente, Alemania no puede hacerse nunca ilusiones con respecto a su paz y su amor: el pueblo inglés es demasiado sensato para aventuras en que el primer riesgo sea contra la vida de sus hijos; Italia,.... aquí hay también cordilleras abruptas y desiertos inhospitalarios. Hablamos en un sentido hipotético, de extrema suposición: no somos de los que creamos que un soberbio imperio europeo, un vasto imperio colonial y una monarquía abrumada bajo su propio poder de potencia de primer orden, hayan puesto a contribución durante largos años de paz y de regularidad administrativa, el genio de sus estadistas, la habilidad de sus diplomatas, los debates de sus parlamentos, la seriedad de sus soberanos, los millones de sus soldados y las poderosas divisiones navales de sus escuadras, para reunirlo todo en un haz abrumador [contra Venezuela].... A menos que ese poder sea por siglos fermentado y ello explique por qué no han arreglado hasta ahora, en la forma hoy usada con Venezuela, sus frecuentes asuntos con Rusia, Francia, los Estados Unidos.... y Etiopía!

«LA CARMELITA»

UN COMPATRIOTA EN PARÍS

Para el 13 de diciembre próximo pasado anunciaron los diarios de París la repetición general, en la Opera-Cómica, de *La Carmelita*, comedia musical en cuatro actos y cinco cuadros, poema de Catulle Mendès, música de Reinaldo Hahn.

El martes, 16 de diciembre, se efectuó la primera representación, á la cual asistió el Presidente de la República, quien hizo llamar á su palco á los autores, Mendès y Hahn, y presentarles sus felicitaciones.

Trátase de un ruidoso triunfo de un joven venezolano, por lo cual traducimos para nuestras columnas algunos de los reiterados conceptos laudatorios que á este respecto ha hecho la prensa parisiense.

M. Maxime Auguste Vitu, al dar cuenta de la repetición general, publica los siguientes párrafos:

«Después de la grande y noble labor de *Medea*, M. Catulle Mendès concibió la idea de una comedia musical, cuya heroína fuese la señorita de La Vallière, y, sin tregua y sin cesar, la escribió en verso libre, en rimas mixtas, en esa forma delicada de las obras del siglo diecisiete, tales como *Psyché* y *Amphytrion*.

«*La Carmelita* está dividida en cuatro actos y cinco cuadros: así, nuestros anales no han sido mutilados. Sin contradecir en nada los datos esenciales de la Historia, el poeta ha tratado de hacer revivir, «en su verdad legendaria» la personalidad sentimental de la señorita de La Vallière. La eclosión del amor entre dos corazones jóvenes, luégo el hastío en el hombre, la desesperación de la mujer, y, en fin, su doloroso sacrificio, forman un drama completo, que se basta á sí mismo, fuera de todas las contingencias; comienza en el deleite para concluir en lágrimas, tal como se resuelve siempre el amor humano.

«Apenas esbozado su escenario, Catulle Mendès encontró, creo que en casa de una de las más bellas grandes damas de París y del mundo, á Reinaldo Hahn, cuyo talento le pareció que convenía admirablemente al carácter de la obra. En el acto, la inteligencia fue perfecta entre el poeta y el músico.

«Hablemos de éste. Reinaldo Hahn, venezolano, nació en Caracas y vive en París desde su infancia. A los once años entró en el Conservatorio; más tarde, llegó á ser discípulo de Massenet, al cual consagró un verdadero culto. Ha publicado varios recuils de melodías: *Chansons grises*, *Rondels* y *Etudes latines*. En 1898 dió á la Opera-Cómica su primera grande obra: *La isla del ensueño*, con libreto de Pierre Loti. *La Carmelita* es su segundo estreno en el teatro.

«Este compositor de veinte y ocho años, que fue en su oportunidad un crítico distinguido, no se da por un innovador, bien que acaso lo sea mucho más de lo que pa-

rece. Modestamente, deja á los demás este papel temible y glorioso.

«Reinaldo Hahn ha tomado, antes que todo, el alma y la claridad de la escuela francesa. Considera la *Carmelita*, desde el punto de vista musical, como una obra de «tradicición» renovada, naturalmente, por los recursos tan variados de la técnica moderna.

«El compositor ha aportado á la prosodia musical un cuidado particularísimo de justeza en la declamación, por medio de las síncoas y el empleo de los tiempos débiles sobre las sílabas fuertes, y recíprocamente. De sistema *absoluto* no se cuida Hahn en manera alguna; el *leit-motiv* le parece una traba inútil; en su sinfonía no se hallan sino evocaciones, remembranzas, como en la vida.

«Un detalle: hay un piano en la orquesta; este instrumento, desacreditado por algunos, debe producir, según el compositor, el efecto de un *pedal* y aumentar la fluidez de los sonidos.

«No hay divisiones arbitrarias en la partitura: la música es *continua*, sin detenciones; pero domina la idea melódica y la parte preponderante corresponde siempre á la voz.

«Privado, por la esencia misma del asunto, de todo elemento de naturaleza, de todo episodio descriptivo, Hahn se dió á pintar la evolución de los sentimientos internos: estamos persuadidos de que ha triunfado brillantemente.

«Tenemos plena confianza en los destinos de *La Carmelita*».

M. Gustave Charpentier, el eminente crítico de arte, ha escrito para un diario francés un juicio del cual tomamos la parte siguiente:

«Cuando Reinaldo Hahn me pidió, con nuestro maestro Catulle Mendès, que hiciese la revista de *La Carmelita*, me escribía:

«Creo que mi *Luisa* no os desagradará del todo. La vuestra es el progreso; la mía es la tradición: ¿la unión del uno y de la otra no es el secreto de todo?»

«Es cierto que ambos marchamos por caminos muy diferentes, seducidos, él, por la gracia siempre vivaz—purificada en su cuasi inmaterialidad—de las épocas desaparecidas; yo, por la belleza de nuestra humilde miseria. Pero, en los campos sagrados del arte, á menudo se cruzan los senderos, ó bien, aunque paralelos, parecen aproximarse. Van hacia el mismo Oriente. No hay ninguno tan distante de otro que á veces no se encuentren, ó que á veces no se les pueda seguir, tomados de la mano, por sobre los setos arropados de aromas diversos. El progreso que no se apoye en la tradición es un progreso caduco. La tradición que no caldee su muro de hielo á los rayos del progreso, muere.

«Lo que hemos querido los que hemos hecho á *Sapho*, le *Réve*, *Messidor*, *V Ouragan*, *Louise*, es romper la ganga donde se encierra duramente el diamante del corazón del hombre actual, es iluminar *nuestra* vida con luz ideal, ó acaso desatar sobre ella la centella purificadora. ¿Pero quién de nosotros no aspira al futuro en que reinará apaci-

blemente lo Bello, sin otros ropajes que la vida misma, generosa para todos?

«Lo que quieren Mendès y Hahn—valerosa é ingenua paradoja que no era accesible sino á la triunfante juventud del Maestro unida á la magistral destreza de un casi principiante—es revivir el pasado al soplo del presente, resucitar, por los mágicos filtros del arte moderno, algo del alma y del gesto de un Mozart.

«Y hé aquí su obra, que tiene la grande audacia—en el país de los snobs—de no pretender revolucionar nada, de no recomendar por ninguna incomprendibilidad, de ser simplemente ella misma y ser seductora; héla aquí, frágil y durable como un Sajonia electo, delicado Tanagra, indócil al ropaje moderno. Y nada más que por su gracia, precisa y suavemente emotiva, atrae, conmueve, seduce: todos los corazones están con ella.....

«Yo ví venir á Reinaldo Hahn desde el Conservatorio, en la clase de Massenet, en donde ya era yo un hombre barbado. Tenía un gran cuello blanco y las pantorrillas desnudas; sus primeras composiciones mostraban ya esa facilidad musical, esa claridad, esa certidumbre, esa perfecta adaptación de medios muy sobrios á la comprensión muy justa de los poemas que ponía en música; para decirlo todo, esa madurez que distingue su partitura de hoy. No conozco músico cuya naturaleza se haya delineado tan pronto, que haya marchado desde su niñez tan rectamente y con tanta seguridad por su camino. Su primera obra, *l'He du Réve*, tenía todo el encanto de la juventud, acaso con algo de molición, algo impersonal y superficial. El éxito precoz no lo dañó: supo trabajar y querer, y hélo ahora dueño de su arte, con un estilo elegante y puro, con formas más amplias, con una orquestación á la cual sin duda le falta todavía fuerza, pero que está llena de encantadores hallazgos, ligera, cambiante, espiritual y pintoresca. No creo que la introducción del piano en ella sea muy útil ni muy feliz. Ciertamente, Hahn no reniega de nuestro maestro Massenet, pero hoy se vuelve denariado, á lo que me parece, hacia Saint-Saëns.

«Cuando trato de resumir por el recuerdo mi impresión musical acerca de *La Carmelita*, aparécenme dos puntos culminantes. El primer acto tratado casi todo él al calco, pero con una ligereza, con un gusto, con una destreza extrema, ofreciendo una sucesión de escenas vivas, revolantes, exquisitas de gracia: en la amena repetición de la danza, en las lisonjas de los cortesanos, en la verbosidad de las señoritas de honor, en la danza misma, que llena el segundo cuadro, y que es toda ella una maravilla, Catulle Mendès y Reinaldo Hahn han derrochado el más fino *esprit*, tanto como en las lindas canciones antiguas del tercer acto. Pero en el acto final, el Rey-Sol de las rimas y de las sensaciones y el joven Conquistador de las hermosuras han hecho Belleza, de la más pura, de la más alta, de la más conmovedora: belleza clásica!

«Este acto es nada más que la ceremonia

de la imposición del velo de la Carmelita, y la concesión de un beso de perdón, y sobre todo, de simpatía en el mismo amor y en el mismo sufrimiento, de la esposa á la querida. Lo que lo hace tan bello, dramáticamente, es su sencillez; y musicalmente, es una fuga. Sí, una fuga. No una de esas fugas oficiales, pedantes, ásperas, cilicios de la música, disciplinas de los directores de Conservatorios; tampoco una de esas fugas brillantes, ostentatorias, blasfemáticas, que son el estilo jesuítico de la música religiosa: sino una fuga por la que ha pasado el soplo de Bach, y que es un estado de alma.

«Gravemente, pero tan dolientemente tierna, la orquesta, luego el órgano, la cantan; las voces femeninas la contestan con un *De profundis* de celeste dulzura; luego sigue una efusión grandilocuente, cuyo romanticismo sobrecoge entre dos escenas de una realidad delicada y conmovedora.»

NUESTROS GRABADOS

Pesar

R. KONOFA

Una sola actitud: la justa, la precisa, y sin embargo, la indefinida actitud que tiene de melancolía, de dolor, de resignación, de estupor, ha bastado al artista para trazar todo el poema punzante ó toda la historia de las hondas laxitudes. Ellas han fijado en la posición, en el gesto y en las miradas de la madre todo un proceso de angustia recién pasada, de actual desesperanza y de despectiva serenidad. En su regazo y en redor, todo está inmóvil y todo calla.

Cuadro holandés

JAN STEEN

Todos ellos respiran la gracia siempre fresca de la tierra que ha sabido ser fiel á la tradición de sus costumbres. Estas están impregnadas de la risueña dicha que, cada una en su época, llevaron á la formación de este pueblo las varias razas que poseyeron su suelo: bátavos, sajones, flamencos, frisonos, alemanes y francos. En la alegría de ese cuadro se ve la huella de la afectuosa fidelidad á la vida de sus antepasados: los trajes pintorescos, los adornos como en la Edad Media, aún la misma antigua gracia en las aldeanas de Frisia y en las campesinas de Flandes, hermosas de exquisita limpieza.

Pintores venezolanos

MARTÍN TOVAR Y TOVAR—ARTURO MICHELENA

Varios estudios de nuestros lamentados Maestros exornan esta edición. Del viejo patriarca de los pintores nacionales, esbozos y figuras para su gran cuadro de *Carabobo*; y de Michelena, una hermosa cabeza valonada, digna del nombre y del pincel del joven artista de cuya desaparición no podrá consolarse el orgullo patrio.

Cuadros de Antega

Son paisajes de la tierra del sol y de los claveles, de la ardorosa y soñadora Andalucía.

En su vegetación, en sus aspectos, en

todo su movimiento, se adivina la antigua Bética, acariciada por árabes y berberiscos, bajo el aroma de los azahares, en días voluptuosos de amor y de conquistas, bajo la égida del Profeta.

Las copias reproducidas han sido obtenidas de los originales que posee el señor Miguel Herrera Mendoza.

La primavera

F. BOUCHER

El siglo diez y ocho es el siglo de las deliciosas frivolidades. La aristocrática clientela de Boucher no le pide cuadros á su pintor favorito, sino amables decoraciones.

Y él prodiga por castillos, por palacios y por hoteles las ligeras y alegóricas creaciones de su pincel exquisito. Ahora le bastan, en esta *Primavera* que pertenece á la colección Chappey, unos Amores, flores, un vaso de mármol, un cielo lijaramente azul manchado de nubecillas, y sobre todo esto, un aliento sutil de su gracia y de su *esprit*.

Una orden!

M. LEVIS

Los artistas, por la palabra, por la pluma ó por el pincel, se fabrican de continuo los detalles y los episodios de un mundo y una vida con los cuales burlan la persistente enemiga de la realidad; y, en los cuadros que dibujan, ó en los cuadros que describen, ríen y sueñan y viajan por una dicha que la crueldad brutal les niega; un rasgo les traza el camino de los ensueños venturosos y una actitud los lleva al recóndito país de las escenas de poesía, de amor y de sonrisas. Levis también ha querido vivir su minuto, á despecho de la tosca realidad.

SUETOS EDITORIALES

DUELO

En los últimos días de la anterior quincena cumplimos el triste deber de acompañar á la morada de los que han sido, los despojos mortales de la señora LUISA MICHELENA DE AYALA, hija del señor Fernando Michelena y esposa del señor Alcides Ayala, ambos amigos de nuestro aprecio.

Les enviamos la expresión sentida de nuestro pesar, haciéndola extensiva á los demás deudos de la finada.

ANA JOSEFA QUINTANA

El General Leoncio Quintana, cuyo nombre es bien conocido de las generaciones que han militado en nuestra política, vió un día santificada y risueña la paz de su retiro de veterano por el advenimiento de una bella niña, á quien consagró los más tiernos y afectuosos cuidados de su corazón de padre y de su alma de batallador en duros días de afanosa actividad: tal un viejo león recogido al asilo de su dominio, que se complaciese, en una bochornosa tarde de des-

canso, en la contemplación cariñosa del revolver de una brillante libélula, por sobre la cimera adusta de su crinada cerviz.... Y de pronto, al caer de la tarde y del bochorno, ha volado, y para siempre, entre los últimos arreboles de véspero muriente, la libélula brillante, dejando otra vez taciturno y silencioso al viejo león, en la soledad severa de su retiro de veterano....

CONDOLENCIA

Nuevas piedras tumulares, sobre las cuales hay que inscribir nombres de personas que en vida merecieron afectos, consideraciones, todos los homenajes de un culto íntimo, cordial y sincero; abandonando únas la tierra con todas las preases y los merecimientos que supieron conquistar merced á sus virtudes distinguidas, y yéndose ótras, todavía desplegados los labios, riente la faz á las caricias de los primeros encantos y de la primera ilusión. Son esos nuevos nombres los de la señora DOLORES AMESTOY DE MARTÍNEZ, las señoritas JUANA MENDOZA AGUERREVERE y HORTENCIA PLANCHART LOYNÁZ, y el joven MOISÉS DE LEMOS, pertenecientes á familias distinguidas de esta capital, que nos merecen especial estimación y á las cuales presentamos las sinceras expresiones de nuestra pena por las desgracias que hoy lloran.



La vida y costumbres de los murciélagos

Todo el mundo ha oído hablar de los murciélagos, todos los conocen, bien como animales útiles á la agricultura, por el gran número de insectos que destruyen, bien como seres misteriosos é inseparables compañeros, según la creencia popular, de Lucifer y toda su corte de brujas, demonios y duendes; pero las personas que acerca de sus costumbres pueden decir algo, son realmente contadas. Que en la India y en Filipinas los hay tan grandes como conejos, y que en América existen otros—los famosos vampiros—que tienen la fea costumbre de chupar la sangre á los hombres y animales dormidos, esto es lo que, con más ó menos detalles, nos enseñan las obras de Historia natural que andan en manos de todos; de las especies pequeñas, de esas que en las noches de verano revolotean vertiginosamente sobre nuestras cabezas, poco ó nada nos dicen. Y es que estos animalitos, siendo de exiguo tamaño y por añadidura nocturnos, fácilmente escapan á la vista del más atento observador, y así el naturalista se ve obligado á ir á buscarlos en sus guaridas y á llevárselos á casa para estudiarlos de cerca, lo cual exige ante todo una afición decidida á la cría de bichos, y después unos nervios olfatorios perfectamente blindados; porque habrá, no lo niego, olores malos, pero pocos pueden

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos
para suavizar, blanquear
y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre
Réhuese los productos similares

J. SIMON
13, r. Grange butelière, Paris



compararse con el que despiden los murciélagos y sus deyecciones.

Los rincones de los campanarios y torreones antiguos, los huecos de los árboles no menos viejos y, sobre todo, las cavernas, son los hogares en donde los murciélagos hacinados en espesos racimos, pasan durmiendo el invierno entero y las horas de sol del verano. Allí es donde se los busca y donde, sorprendiéndolos durante su sueño, se los captura más fácilmente. Con todo, la caza tiene sus peligros, pues la capa de deyecciones ó murciélaguina acumulada durante años y años, es á veces bastante espesa para ocultar algún agujero del suelo, en que puede romperse una pierna el que no tenga la precaución de tantear bien el terreno.

En la cueva de la Magdalena, situada en los alrededores de Madrid, cogí hace pocos años, á principios de agosto, gran cantidad de murciélagos de los llamados «de orejas de ratón» (*Myotis myotis* en términos científicos), que son los mayores que se encuentran en nuestro país, habiendo entre mis prisioneros algunos que medían cerca de 45 centímetros de punta á punta de las alas abiertas. Todos eran del sexo femenino, que por cierto no podemos denominar bello en este caso, y por no cargarme con tantos iguales solté la mayor parte, guardando solamente cinco, dos de los cuales murieron antes de llegar á casa.

Instalé á las tres hijas de la noche en una habitación sin muebles, para que allí volasen á sus anchas, y me dediqué á buscar insectos para su alimentación; pero con gran asombro mío, los tres animales, apesar de ser verdaderos insectívoros, se negaron á aceptar la comida que les presentaba, y desesperados tal vez por la cautividad, no hicieron más caso de los pedacitos de carne que más tarde puse á su disposición, y que sólo contribuyeron, descomponiéndose, á aumentar el desagradable perfume que ya se iba extendiendo por todo el cuarto. Por último, pensando que, mamíferos al fin, no habían de despreciar la leche, decidí alimentarlos con ella, y pronto tuve la satisfacción de verlos engullir el albo y dulce contenido de dos ó tres medianos pocillos de porcelana, como los que se emplean para desleír la tinta china.

Bebían, tanto la leche como el agua, á grandes tragos, y nunca juntos, sino cada uno á su vez, y á menudo interrumpían tan interesante operación para limpiarse los bigotes con la lengua ó para desalojar las narices, mediante sonoros respingos, del líquido que en ella se introducía. Lo que más me llamaba la atención era cierto chasquido, semejante al rumor de un beso, que producían no sé si con la lengua ó con los labios, y que probablemente será para ellos la más acabada expresión del placer que se experi-

POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 50 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

menta cuando el apetito va quedando satisfecho. Su voz ordinaria era un chillido agudo, parecido al de la rata, pero cuando se les molestaba zumbaban exactamente como los moscardones.

Cuando se hacía de día, era preciso abrir la ventana de la habitación para que el aire puro disminuyese un poco la fetidez con que me osequiaban los animalitos, y para ello tenía que encerrar previamente á estos en una jaula. Al principio les desagradaba bastante esta operación, pero acabaron por acostumbrarse y por ir espontáneamente á dormir á aquella pequeña cárcel tan pronto como amanecía, colgándose de los alambres con las ganchudas uñas de los pies y cubriéndose con sus alas á guisa de cobertor. Para encerrarlos y para observarlos de cerca, solía presentarles un palito del que voluntariamente se colgaban, pues siempre que traté de cogerlos con la mano me mordieron y huyeron corriendo por el suelo, apoyándose en sus aliformes brazos como en unas muletas, y zumbando incesantemente.

Cualquier ruido fuerte, y muy especialmente el del trueno, les infundía extraordinario pavor, hasta el punto de que, durante una fuerte tormenta, asustado uno de ellos, quiso huir de la jaula y quedó extrangulado entre los alambres. Precisamente, aquel mismo día por la mañana había muerto otro, que ya estaba enfermo cuando cayó en mi poder. El tercero, que era el más grande,

EL GRAN INVENTO.

Reconocidas las virtudes del aceite de hígado de bacalao en el raquitismo, enfermedades del pecho y otras se luchó durante mucho tiempo con el inconveniente de su olor y sabor desagradables que imposibilitaban su administración. De ahí nació el pensamiento de añadirle emulsivos en aparatos apropiados

Emulsión de Scott

de
Aceite de Hígado de Bacalao

con

Hipofosfatos de Cal y Sosa.

para producir una crema agradable al paladar. Scott & Bowne fueron más allá y asociándole los hipofosfitos de cal y de sosa, que son los reconstituyentes más poderosos que se conocen en la medicina, produjeron una combinación feliz que da grasa y fortaleza á los tejidos y pulmones, cal á los huesos, fósforo al cerebro y sosa á la sangre.

Debe exigirse siempre la legítima Emulsión de Scott que lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á cuestas.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

De venta en todas partes.

11 A

sufría perfectamente su cautividad y vivió hasta que, teniendo que ausentarme yo de Madrid, fue preciso matarlo por no encontrar en aquel momento quien se hiciera cargo de él.

Es muy común la creencia de que, una vez en el suelo, son los murciélagos torpes y casi impotentes para moverse; pero desde que ví correr á los míos estoy plenamente



EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año 1903

Está á la venta

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento ACETILENO

APARATOS sistema Roversi

Carburo de calcio de \$ 7 á 12 el quintal de 100 libras, según condiciones.

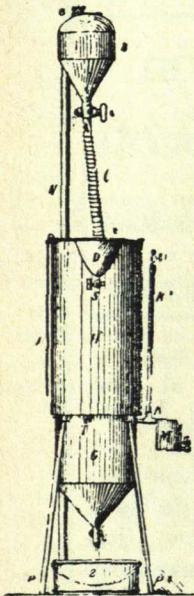
Quemadores, Bunsen Hornillas, Lámparas, Tuberias y accesorios de todas clases, Instalaciones completas.

EL IDEAL á caída de carburo en el agua. PRIVILEGIO NUM. 161

Departamento MARMOLES

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos

Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Más de 30 son los aparatos colocados. Carga de k 1 á k 50 — Valor: de \$ 15 á \$ 250.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Roversi—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rívera—Saldivia—Montemayor, etc.

VINO NOURRY

YODOTÁNICO
á la vez
Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL ANEMIA LINFATISMO ENFERMEDADES del PECHO

El VINO NOURRY reemplaza con ventaja el Aceite de Hígado de Bacalao.

Excita el apetito y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las Mujeres (colores pálidos, épocas dolorosas) y de los Niños (escrófulas, usagres, etc.)

SE VENDE
EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

F. COMAR & FILS
PARIS

convencido de lo contrario, y eso que no eran tan veloces como ciertas especies americanas, cuya ligereza iguala la del ratón.

En Persia y en el Asia Menor hay una especie, el murciélago de vientre desnudo, que corre por las paredes lo mismo que una araña, y la tiróptera de América, llamada *palanda-tutapixco* (murciélago de platanar) por los indios del Ecuador, marcha también con relativa rapidez por las anchas hojas de los plátanos. Lo más singular de la tiróptera es que trepa, no con las uñas como los demás murciélagos, sino por medio de unas ventosas circulares que presenta en las cuatro extremidades.

Ciertas especies, entre ellas la de orejas de ratón, á que pertenecían los que yo tuve vivos, se reunen en grandes bandadas, formando cada sexo rancho aparte fuera de la época de la reproducción. Cuando nacen las crías, que nunca son más de dos, se cogen al pelo del pecho de su madre, á fin de no dejar de mamar mientras ésta vuela. El mur-

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA

LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN, PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ciélago de collar, de las islas de las Sonda, que tiene el cuerpo enteramente pelado, está provisto á cada lado del cuerpo de un repliegue de la piel en forma de saco para

depositar á su progenie que no puede encontrar pelos donde agarrarse.

De los murciélagos que viven en España, los más curiosos por su aspecto son el de herradura, así llamado á causa de la forma de ciertos apéndices que adornan su nariz, y el nictinomo, cuya fisonomía es lo más feo que puede darse. El pipistrello, que es la especie que vemos ordinariamente en las ciudades, es el más diminuto de todos y un animalito muy agradable en cautividad, según dicen; yo he obtenido algunos vivos, entre ellos uno que en pleno día vino á parar al patio de mi casa, expulsado tal vez de debajo de las tejas por algún gato de la vecindad conocedor de mis aficiones zoológicas; pero hasta ahora nunca he procurado conservarlos con vida mucho tiempo: el insoportable olor de mis tres *myotis* era demasiado fuerte para olvidarlo tan pronto.

A. CABRERA.
Agregado al Museo de Ciencias Naturales.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullié

es un alimento completo

DE FACIL DIGESTION

para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños

Nutrición de los convalecientes

En el raquitismo y en la anemia

Embarazos y detención

En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :

Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos

De venta en los principales establecimientos de la República

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesias, Tosas nerviosas, Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito.

HEROSTATICO el mas PODEROSO **SOLUCION TITULADA** Las Grazeas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.

AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas

Ergotina y Grazeas de ERGOTINA BONJEAN Medalla de ORO de la S^{ad} de F^{ia} de Paris.

LABELONYE y C^o. 99, Rue d'Aboukir, PARIS y en todas LAS FARMACIAS.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSAS RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUITIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacuée, PARIS y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

ACRIDUD DE LA SANGRE

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES DE LA PIEL** Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

EL MISMO AL YODURO DE POTASIO **TRATAMIENTO** Complementario del **ASM.** Sobrano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Eritralia, Tuberculosis

102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIEMENATICO

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del **Higado**, del **Estómago**, del **Corazón**, **Gota**, **Reumatismos**, **Fiebras Palúdicas** y **Perniciosas**, la **Disenteria**, la **Grippe** o **Influenza**, las enfermedades del **Cutis**, las **Lombricias** y todas las enfermedades ocasionadas por la **Bilis** y las **Flamas**.

Rehásese todo autimático que no lleve la Firma **PAUL GAGE**

Depósito General, D^o **PAUL GAGE** Hijo, F^o de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

EXPLAS DEL D^o GUILLIE

Digno de su fama.— Desde Caracas escribe el doctor Evaristo Díaz:

“Con frecuencia he hecho uso de la Emulsión de Scott en todos aquellos casos en que está indicada, habiendo obtenido en todos ellos resultados positivos. Por tanto considero dicho preparado digno de la confianza y fama universal de que goza.”

El fuego que acabará con el mundo

Según todas las antiguas profecías, el mundo acabará con el fuego.

El sabio francés M. Luis Rabourdin acaba de publicar un estudio explicando cómo sucederá aquella gran catástrofe final. No sobrevendrá ésta por el choque con algún otro cuerpo celeste; por lo menos, no es probable, sino que el fuego será producido por la tierra misma.

Supongamos—dice M. Rabourdin—que á consecuencia de algún extraordinario movimiento producido por la contracción de la masa central de la tierra, se hunda el fondo del mar y la inmensa masa de agua se precipite en el océano de fuego ardiente contenido en el interior de nuestro planeta.

Al ponerse el agua en contacto con tan intenso calor se descompondrá, y el hidrógeno arderá tanto mejor cuanto que se encontrará en presencia de oxígeno. El fuego, avanzando paso á paso y auxiliado por fenómenos eléctricos, hará que la mayor parte de la corteza terrestre se disloque y la catástrofe se extienda á toda ella.

Entonces la tierra volverá al estado en que se encontraba cuando su primera formación y no será más que un globo de fuego.

Cuando tal catástrofe ocurra se presentará á los mundos que gravitan por el espacio una nueva estrella, que se iluminará súbitamente, y el brillo de la cual irá disminuyendo hasta desaparecer lentamente y para siempre en las profundas sombras del espacio infinito. La corteza de la tierra se coagulará, y el gas formado por la masa ardiente quedará comprimido bajo la corteza y se irá infiltrando al exterior bajo una presión enorme. Eso es lo que nos revela el espectro de todas las nuevas estrellas que han aparecido durante años recientes.

Desde hace algún tiempo menudea la frecuencia con que aparecen nuevas estrellas, *novae*, como las llaman los astrónomos. Queda explicada, por la teoría de Rabourdin, la aparición de las estrellas nuevas, y son las *novae* presagio del destino que en remoto porvenir aguarda á la tierra.

Todos trabajarán en 1952

El célebre economista Leroy Beaulieu anunció no hace mucho, en una conferencia, que dentro de cincuenta años casi todo el mundo tendrá que trabajar para poder vivir.

Sus argumentos son estos:

El interés del dinero va bajando constantemente, y ahora mucho más de prisa que hace años. Antes de veinte años, los ricos se darán

por muy contentos con conseguir un interés de dos por ciento á su capital.

Dentro de cincuenta años, según Leroy Beaulieu, los valores más seguros, tales como el papel del Estado y de la grandes compañías, no producirán más que uno por ciento de interés, lo cual obligará á los ricos, exceptuando únicamente á los multimillonarios, á trabajar para vivir, y entonces quedará abolida la holganza secular de las clases acomodadas.

Se acaban las levitas

La antigua prenda de etiqueta está, como la forma poética, llamada á desaparecer.

Nada menos que en Ostenden, el lugar de reunión de los elegantes en verano, se ha demostrado plenamente que el uso de la levita va restringiéndose mucho.

Hace poco, cuando se verificaron las carreras internacionales, acudieron infinidad de *sportsmen* franceses é ingleses á presenciar la carrera del gran premio de 50.000 bolívares, y el rey Leopoldo organizó un almuerzo, al cual invitó á un caballero inglés, célebre por lo buen jinete que es, al cónsul de una gran potencia, al menor de los Vanderbilt y á otros *sportsmen* conocidos. En la invitación se decía: «De levita», y hé aquí el apuro de los invitados.

La etiqueta en la corte de Bélgica es la más severa de Europa, y Mr. B..... uno de los invitados, no tenía la prenda exigida en

CREME DE LA MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Da al cutis la blancura nacarada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazaros.

JARABE AUBERGIER

TOS
CATARROS
BRONQUITIS
INFLUENZA
INSOMNIO

Empleado con mucho éxito en los Niños.

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS. 611

Libros de Registro para 1903

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadración, están de venta en esta Empresa.

Preso: 8 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Conserva el cutis limpio y terso.

CANDÈS (Fr.) P. St-Denis

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias
Jaqueca
Ciática.

CLIN Y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
607

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

EXIJAN Vds.

...en cada PÍLDORA BLANCA las palabras:
DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las PÍLDORAS Purgativas y Depurativas del Doctor

DEHAUT

se toman al comer.

Regimen. No más Dieta.

Las menos COSTOSAS por el precio que son las más activas.

la invitación. Fuese á escape á ver al dueño del hotel, que la usaba, y después de alabar de mil modos lo perfecto de su traje, consiguió que le alquilase la levita.

El fondista se la cedió con mil amores, pero añadió:

—Le advierto al señor que esta es la segunda levita que presto hoy. Hace un momento he prestado otra al señor Vanderbilt.

Al entrar en el comedor el señor B....., observó que á los otros tres invitados les sentaba bastante mal la levita, y con mucha discreción empezó á hacer indagaciones, de las que resultó que el caballero inglés llevaba puesta la levita de su pedfuro y que el cónsul se la había pedido prestada al burgomaestre de Ostende, que es bastante gordo.

Diez años en cama por gusto

Un tipo muy original es el barón Hugo Orliet, millonario ruso que tiene magníficos palacios en San Petersburgo, en Moscou y en Kazan y está siempre en la cama.

Desde hace diez años no se ha levantado ni vestido nunca. No padece ninguna dolencia, y aun hoy día su estado de salud perfecta prueba el error de los que aseguran que para conservar la salud es necesario mucho ejercicio.

Ello fue que hacia el año 1892, después que había agotado todos los placeres imaginables,

se metió en la cama de puro aburrimiento, y se encontró tan á gusto que no ha vuelto á salir de ella.

No la deja ni aun para viajar, sino que le llevan en la cama desde sus habitaciones á un coche de construcción especial y de allí á su coche-salón, pues siempre viaja en tren especial.

En todo lo demás es un hombre como el resto de la humanidad, que administra sus inmensos bienes con gran sagacidad y que tiene una conversación muy chispeante.

Cuando le preguntan por qué no sale de la cama, contesta:

«¿Para qué me he de levantar? No hay en este mundo nada que yo no pueda hacer lo mismo en la cama que levantado.»

PERMANENTE

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servir las cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

Varia

La anémona del mar es, entre los organismos sencillos, el más refractario á la muerte. Un ejemplar ha florecido durante cincuenta años en un acuario.

La potencia propulsora de los peces no reside en las aletas, sino en la cola. El sistema de los buques de ruedas se fundaba en el movimiento de las aletas, y el sistema de hélice, que es el mejor, está copiado del de la cola de los peces.

Se calcula que el número de nervios, con sus ramas y pequeñas ramificaciones que están en relación con el cerebro, excede de 10.000.000.

Sólo en tres fábricas de papel albuminado para la fotografía, se gastan todos los años más de tres millones de huevos.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PÍLIVORE. DUSSE, 1, rue J.-J. Rousseau, París.